DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

SI MUERO EN ZONA DE COMBATE

EL RELATO DE TIM O'BRIEN ACERCA DEL INFERNAL PERIODO DE SERVICIO DE UN SOLDADO

4

613 PTAS.
SIN IVA

ei/ysIETÁ-AGOSTINI

SI MUERO EN ZONA DE COMBATE

TIM O'BRIEN

Introducción 2

Capítulo 1 5
Zona de combate
Los días
Las noches
Al pie de la montaña

Capítulo 2 19
Retrospectiva
La huida
La llegada

Capítulo 3 35
Pinkville
El asalto
My Lai en mayo
Pisa con cuidado

Capítulo 4 47
Oficiales y soldados
Julio
Corazones y mentes
El valor es algo que hay que conservar
¿No nos conocemos?

POPPERFOTO

INTRODUCCION

EL PRINCIPIO

Surgí de una guerra y fui a olra. Mi padre vino de los buques del océano, del leairo del Pacífico. Mi madre llevaba el uniforme de las mujeres de la reserva naval. Yo fui el vástago hinchado y arrugado de las grandes campanas contra los tiranos de los años 40, una explosión en el *Buby boom,* uno de los millones de seres humanos llamados a reemplazar a los que acababan de morir. Crecí con la prisa y la premura de una nación rejuvenecida y triunfante que daba alas a su buena fortuna y a su éxito. Me alimenté con los despojos de la victoria de 1945.

Cl verano de 1968, el año en que me convertí en soldado, era una época propicia para hablar de la guerra y de la paz. Eugene McCarlhy nos ofrecía sus reflexiones sobre el tema. Ganaba votos en las primarias. Los estudiantes universitarios le escuchaban y algunos intentamos cooperar. I.yndon Johnson casi estaba olvidado, ya no se le temía, ya no impresionaba. Robert Kennedy estaba muerto, pero no olvidado del todo. Richard Nixon parecía un perdedor. Con tanta tragedia y tantos cambios, aquel verano era propicio a la reflexión.

Y en mi cartera había una orden de reclutamiento.

Nunca fui un luchador. Temía a los matones. Sus músculos maduros me encolerizaban: una cólera frustrada, Sin embargo, no cedía ante nadie. Dominaba a mis inferiores. Además, estaba el asunto de la conciencia y la convicción, incierto y superficial tal vez, pero sincero: yo era un liberal, no un pacifista; pero hubiera votado por el fin inmediato de la guerra en Vietnam. Hubiera volado por Eugene McC'arthy con la esperanza de que él lograra la paz. Una cosa era segura: no tenía madera de soldado.

Pero me sometí. Toda la historia personal, todas las conversaciones nocturnas, los libros, las creencias y el saber sucumbieron bajo la abstención, se extinguieron por falta de oxígeno, por una especie de ausencia sonámbula. No fui a la guerra a causa de una decisión, de una cadena de ideas o razones.

Fue un distanciamicnto intelectual y físico, y no tuve la energía de ponerle fin. No quería ser un soldado, ni siquiera un observador de la guerra. Pero tampoco quería destruir un cierto

F. SPOONER PICTURES

equilibrio peculiar entre el orden que yo conocía, la gente que conocía y mi propio mundo privado. No es que valorara este orden. Pero temía su opuesto, el caos inevitable, la censura, el desconcierto, el fin de cuanto había ocurrido en mi vida, el fin de lodo.

Y este distanciamiento todavía perdura. Quisiera que este libro se convirtiera en un alegato en favor de la paz duradera, un alegato pronunciado por uno que sabe, por uno que estuvo y ha vuelto, por un viejo soldado que contempla una guerra agonizante.

Esto valdría la pena. Valdría la pena integrarlo todo para persuadir a mí hermano menor y lal vez a otros a que digan no a las guerras y a todas las batallas.

O tal vez valdría la pena confirmar las extrañas ideas sobre la guerra: es horrible, pero es un crisol de hombres y acontecimientos y. a fin de cuentas, te hace más hombre.

Y. sin embargo, ninguna de estas dos ideas parece correcta. Los hombres se matan entre si. los muertos son pesados y difíciles de llevar, las cosas huelen de otro modo en Vietnam. los soldados tienen miedo y a veces son valientes, los sargentos de instrucción son unos patanes, algunos creen que la guerra es justa y otros que no lo es y a la mayoría no les importa, ¿Es esto el lema de una lección de moralidad?

¿Se pueden sacar lecciones de los sueños? ¿Tienen mensajes las pesadillas? ¿Nos despertamos y las analizamos y vivimos la vida y aconsejamos a los demás en consecuencia? ¿Puede un simple soldado decir algo importarle sobre la guerra por el mero hecho de haber estado allí? Creo que no. Sólo puede contar historias de guerra.

Tim O'Brien

1969

IZQUIERDA: *También en el calor de la guerra los hombres deben encontrar un lugar donde descansar, h'.l secreto está en asegurarse de que el descanso no sea para siempre.*

ARRIBA: *Otro día de trabajo, otro día en el campo. Sólo que, a veces, se regresa dentro de una bolsa.*
DERECHA: *¡Fuego en el agujero! Cazar a Charlie antes de que él te cace a ti.*

U.S. ARMY

Capítulo 1

ZONA DE COMBATE

I OS DIAS

«¡Esto es increíble, realmente increíble! ¿Cómo iba a pensar que algún día estaría corriendo por un camino como éste, metiéndome en el barro y saliendo de él. saltando como un maldito sapo, esquivando las balas sin parar? Nunca pense que podría llegar a pasarme todo el santo día así. hn Cleveland todavía estaría durmiendo.» Barney sonrió. «¿Has visto alguna vez algo parecido?»

«Ayer», dije.

«¿Ayer? Ayer era totalmente distinto.»

«Francotiradores ayer y francotiradores hoy. ¿Qué diferencia hay?»

«Tal vez», dijo. «Te agujerean el culo de todos modos, ¿no? Pero ayer era totalmente distinto.»

«Francotiradores ayer y francotiradores hoy», dije otra vez. Barney rió, «No le gustan los francotiradores, ¿verdad? Ayer había algunos francotiradores, pero, ¡Dios!, hoy no hay otra cosa. No puedo esperar a la noche. Esta noche será maravillosa. No nos dejarán en paz. Me estoy excavando una madriguera grande como un sótano.»

Nos tumbamos uno junto al otro hasta que los disparos cesaron. No nos tomamos la molestia de levantar los fusiles. No sabíamos dónde disparar y, de todos modos, ya se había acabado.

Barney cogió su casco y con un lápiz hizo una marca en él: «Mira», dijo, sonriéndome y mostrándome diez marcas, «diez veces hoy. Cuéntalas: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve. ¡DIF.Z! ¿Te han disparado alguna vez diez veces en un día?

«Ayer», dije. «Y anteayer. Y el día anterior.»

«Hoy ha sido peor.»

«¿Las contaste ayer?»

«No, No he pensado en ello hasta hoy. Esto muestra que lo de hoy es peor.»

«Pero debías haberlas contado ayer.»

«Vamos», dijo Barney. «Levanta el culo y vámonos. La compañía se va.» Barney se guardó el lápiz y pegó uii salto como movido por un resorte. Luego me tiró de la mano.

LOS AUTORS

Andaba unos pasos tras él. «Tú eres un tipo optimista, ¿ch. Barney? Esta mierda no te afecta.»

«No te puedes permitir deprimirte», dijo. «Así es como matan a los soldados.»

«¿Oué hora es?»

«Parece que son las cuatro, por el sol.»

«Bien.»

«¿Oué tienen de bueno las cuatro? ¿Te estás cansando? Si quieres te ayudo a llevar algo.»

«No, 110 importa. Pronto nos detendremos. Te ayudaré a excavar el sótano.»

Un sonido estridente, como un chillido de mujer, pasó por nuestro lado transportado por una ráfaga de aire.

«¡Dios santo!», gritó Barney. tumbado sobre el estómago.

«¡Dios santo!», repetí, arrodillándome junto a él. «¿F.stás bien?»

«Creo que sí. ¿Tú también?»

«Sí. Juraría que nos estaban apuntando esta vez. A ti y a mí.»

«Ellos saben quiénes los persiguen», dije, «Tú y yo.»

Dejó escapar una risilla sofocada. «Les vamos a dar caña. Los vamos a estrangular.»

«Vamos, no vale la pena detenernos.»

> "Esta noche será maravillosa. No nos dejarán en paz. Me estoy excavando una madriguera grande como un sótano."

Lil sendero enlazaba una serie de aldeas, pequeños pueblecitos al norte y al oeste de la península de Batangang. Era un camino bastante ancho y llano, pero hacía unas suaves curvas peligrosas y estaba flanqueado por maleza impenetrable. Dado que había dos patrullas, una a cada lado, que se movían en la maraña para protegernos de posibles emboscadas, la compañía marchaba lentamente.

«El capitán dice que hoy vamos a registrar otro pueblo», dijo Barney.

«¿Qué espera encontrar? Quienquiera que esté alli se habrá ¡do mucho antes de que lleguemos nosotros.»

Barney se encogió de hombros, andando decidido y sin mirar atrás.

«Pero ¿qué espera encontrar? Charlie sabe perfectamente dónde estamos, nos ha estado disparando todo el día.»

«Quién sabe», dijo Barney. «Quizá lo sorprendamos.»

«¿A quién?»

«A Charlie, Ouizá lo sorprendamos esta vez.»

«¿Me estás tomando el pelo, Barney?»

Se encogió de hombros y soltó una risita. «No sé. Ya empiezo a estar cansado. Tal vez sorprendamos a Charlie porque también él esté cansado.»

«Cansado», mascullé. «Estos bastardos amarillos no se cansan.»

IZQUIERDA: *Registrando unas cabanas. La mayor parle de las veces no había más que un poco de arroz. Oirás, sin embargo, se. encontraba un regalo del Vielcong.*
DERECHA: *La cama donde pasar la noche. Excavar las madrigueras era duro, pero siempre mejor que ser hecho papilla por los morteros.*

ARRIBA: *Muy pocos hombres querían meterse en un túnel y encontrarse con el enemigo. Mejor arrojar granadas.*

«Este camino parece muy seguro, ¿no? Hemos ido por él Iodo el día y no hemos encontrado ni rastro de una mina.»

«Esta es una buena razón para alejarse de 61», dije.

«¿Qué le ocurre? ¿Quieres ser tú quien encuentre una mina?»

«No. No quería decir esto.»

«Aquí todo camino no minado es un buen camino.»

«Sólo significa que más tarde o más temprano daremos con una mina. Sobre todo estando Charlie por todas partes.»

"Yo estaba indignado. Registrar el pueblo un día como aquél era completamente inútil."

La compañía se detuvo, El capitán se dirigió al frente de la columna, habló con el teniente y volvió atrás. Pidió el radiotransmisor y escuché mientras llamaba al cuartel general del batallón y decía que habíamos encontrado el pueblo y que íbamos a acordonarlo y registrarlo. A continuación, los pelotones se separaron en pequeñas columnas y se adentraron en la maleza.

«¿Cómo se llama este condenado lugar?», preguntó Barney.

«No lo se. Nunca pienso en ellO. Nadie piensa en los nombres de los lugares.»

«Ya sé. Es gracioso, ¿no? Algún día me preguntarán dónde diablos estuve, dónde estuve luchando y, mierda, no sabré contestár.»

«Diles que Saint Vith», dije.

«¿Qué? ¿Así se llama este jodido lugar?»

«Sí», dije. «Este es su nombre. Puedes verlo en el mapa. ¿Quieres?»

Barney sonrió. «¿Qué más da? Si dices que es Saint Vith, será Saint Vith. No podré recordarlo. ¿Cuánto tardaré en olvidar tu nombre?»

lil capitán se acercó y se sentó con nosotros, y fumamos esperando que los pelotones rodearan el pueblo.

«¿Durará mucho, señor?», preguntó Barney.

hl capitán Johansen dijo que no creía.

«No espera encontrar nada, ¿verdad, señor?», dijo Barney.

Johansen hizo una mueca. «Lo dudo.»

«Esto es precisamente lo que decía O'Bricn. Pero yo le respondí que siempre hay alguna posibilidad de sorprender a los bastardos.»

«Por Dios. Barney. nos han estado disparando todo el día.

¿Cómo erees que los vas a sorprender?» Yo eslaba indignado. Registrar el pueblo un día como aquél era completamente inútil.

El pelotón concluyó el cerco, un acordonamiento perfecto. Luego nos unimos ai primer pelotón y nos adenlramos silenciosamente en la pequeña aldea, topando de vez en cuando con un cuenco de arroz abandonado, atentos a nuestros pasos por si hubiera minas, esperando 110 enconlrar nada. Pero encontramos algunos túneles, tres aberturas tras otras tantas cabanas.

«¿Debemos registrarlas?», preguntó un teniente.

«Yo no, señor. Me han disparado demasiadas veces durante el día y ya he cubierto mi cupo de buena suerte», dijo Chip.

-Nadie te pidió ir.»

«No me lo pida a mí tampoco, señor», dijo otro soldado.

Todos se alejaban lentamente del teniente, dejándolo solo, de pie, a la entrada de los túneles. Miró en su interior, dio un ligero puntapié en el suelo y se alejó.

"Todos estábamos sentados, descansando. Si uno hubiera estado de pie, ahora estaría muerto. Quiero decir, muerto de verdad."

«Se está haciendo demasiado oscuro para registrar túneles», dijo. «Que alguien eche una granada en cada agujero y se asegure de que llegue hasta el fondo.» Se dirigió hacia el capitán y los dos conferenciaron unos minutos. Se ponía el sol. Ya no era posible discernir el color de sus caras y de sus uniformes. Los dos oficiales estaban de pie, con las cabezas agachadas, haciendo planes.

«Destruyamos los malditos túneles», dijo alguien. «Destruyámoslos antes que alguien decida registrarlos.»

«¡Fuego en el agujero!» Tres explosiones ensordecidas por el polvo y la arena, y los túneles quedaron bloqueados. «¡Fuego en el agujero!» Otras tres explosiones, más sordas aún. Dos granadas en cada túnel.

«Nadie registrará estos túneles ahora.» Todos se echaron a reír.

«Tampoco encontraríamos nada, lln saco de arroz, quizá unas pocas municiones.»

«Y tal vez una maldita mina, ¿no? No vale la pena. No la vale. Estoy seguro.»

«No te preocupes. Ya 110 hay de qué preocuparse. No hay modo de entrar en estos túneles.»

«Ex túneles.»

Otra explosión, a unos cincuenta metros de distancia.

«¡Eh, vosotros!», gritó el capitán. «¡Basta de granadas!»

Luego hubo una serie de explosiones que destruyeron algunas cabañas; y del otro lado de los setos en torno a la aldea surgieron ráfagas amarillas, blancas flechas sonoras. Eran los breves y continuos chasquidos de fusiles automáticos.

«¿Ves?», dijo Barney, tendido junto a mí, «los hemos encontrado.»

«Los hemos sorprendido», dije. «Los hemos cogido en su propia casa.»

«¡Disparan!»

«¡Disparan!»

«¡Dios!, dijo Barney. «Como si no lo supiéramos.» Miró hacia mi. «¡DISPARAN!»

«Hermoso grito», dije.

«Gracias. ¿Estás herido? Yo creo que no.»

«No. pero sospecho que han alcanzado a alguien. Ha habido mucha mierda.»

La compañía, los hombres que estaban alrededor del pueblo, respondieron al fuego durante varios minutos, disparando sus M16, M-70, M-14 y M-60 en la dirección del enemigo, la dirección de donde procedíamos.

«¿Por que no dejan de disparar?», dije.

«¿Y por qué deben dejar de hacerlo?»

«Porque no van a dar en ningún blanco.»

«¡ALTO EL FUEGO!», gritó el capitán Johansen. «Alio el fuego, ¿no me oís? Dejad de malgastar la maldita munición. ¡ALTO EL FUEGO!»

«¡Alto el fuego!», gritaron los tenientes.

«¡Alto el fuego!», gritaron los sargentos de pelotón.

«¡Alto el fuego!», gritaron los cabos.

«He aquí la cadena del mando», dije a Barney.

Bates, uno de los nuestros, llegó corriendo y preguntó cómo estábamos. «Tienen que haber dado a alguien», dijo. Nos miró detenidamente. Llevaba el casco en las manos.

«Vayamos a ver», dije. «Por allí entraron las granadas.»

«¿Granadas?» Bates me miró. «¿Estás seguro de 110 ser un marinero?»

«No del todo.»

«No del todo, ¿qué?»

«No estoy del todo seguro de no ser un marinero.»

«No del todo, no del iodo», dijo Bales. «Eran disparos de mortero. Disparos de mortero de ochenta y dos milímetros.»

«¿Estás seguro?» Barney siempre hacía esta pregunta.

«Bastante seguro», dijo Bales. «Estuve en artillería antes que en infantería. Eran disparos de mortero.»

«Nos espera una noche deliciosa», masculló Barney, sonriendo como un niño. Su cara tenía la suave complexión de un niño de pecho. «Como iba diciendo, no dormiremos demasiado.»

Nos dirigimos al lugar donde explotaron las granadas de mortero. Allí, entre los escombros de cabañas y árboles derribados, había unos soldados del tercer pelotón observando cuatro hoyos en el suelo. «Ningún herido por aquí», dijo uno de ellos. «Tuvimos suerte. Todos estábamos sentados, descansando. Si uno hubiera estado de pie, ahora estaría muerto. Quiero decir, muerto de verdad.» El soldado estaba sentado sobre su mochila y abría una lata de melocotón.

El capitán se acercó y nos preguntó por las bajas, y el mismo soldado respondió que no había ninguna. «Estábamos todos sentados, señor, descansando. Tuvimos suerte. ¿Podemos seguir descansando, señor?»

«Bien, muy bien», dijo el capilán Johansen. Me dijo que llamara al cuartel del batallón. «Infórmeles de que nos dirigimos a nuestra posición de noche. Ni una palabra sobre esta escaramuza. No quiero perder el tiempo jugando a barcos, y esto es lo que ellos quieren que hagamos.»

Recogimos las mochilas y las armas y salimos del pueblo en una larga fila. Debíamos recorrer sólo unos doscientos metros, pero cuando acabamos de excavar los refugios y de comer nuestras raciones frías ya hacía horas que era de noche. La noche no fue tan espantosa como otras. A veces se tenía la terrible impresión de que alguien iba a morir en su pozo de protección, en su madriguera, mientras dormía, pero aquella noche todos hablábamos quedamente y con valentía. Nadie dudaba de que a la larga iba a ser alcanzado, pero en la certidumbre del com-

hale futuro no había verdadero terror. Aquel día no habíamos perdido a nadie, ni siquiera tras ocho horas de hostigamiento. La presencia del enemigo y su fracaso durante el día hacía más llevaderas las horas de la noche. Simplemente, esperábamos. Turnándonos en las guardias, procurando no encender cigarrillos, esperamos hasta el amanecer.

Cuando se hizo de día, Bales, Barney y yo calentamos junios nuestras raciones.

«Necesito descanso y diversión. Y una mujer. Esto es lo que necesito. Puede lomarme con mi barba o sin ella.»

«Pero si lú no lienes barba», dijo Bales riendo.

Barney se frotó la cara, buscando pelo. «¿Por qué decís que lengo que afeitarme?, ¿eh?»

«¿Te afeitas alguna vez, tú?»

..No muy a menudo.» Barney removió los huevos con jamón.

Lentamente, el campamento volvió a la vida. El calor era lo que nos despertaba, y las moscas. Todos se agitaban perezosamente, tumbados de espaldas un buen ralo, hablando en pequeños grupos. Aquella hora nadie estaba realmente en guardia. Una ojeada a la maleza de vez en cuando, nada más. Muy superficial. Era como despertarse en un pabellón de cancerosos, sin nadie con la suficiente ambición para aprovechar el día, sin nadie con obligaciones ni con sueños que realizar.

«No ha sido una mala noche», dijo Barney. «Esperaba un ataque del ejército rojo, Y unos cuantos miserables morteros.»

«Tal vez se les acabó la munición», dijo Bales.

«Tal vez.» Barney le miró, preguntándose si era o no una broma.

«Claro. Asediamos su pequeña ciudad y los dejamos sin recursos. Una jodida guerra de desgasle ésta.»

Barney le miró fijamente. «Sí. Supongo que les quedan todavía municiones.»

«Probablemente.»

«¿Dormiste esla noche?», pregunté a Barney.

«Sí, creo que sí. Estaba rendido después de andar todo el día y ni siquiera el ejército rojo me pudo privar de mis ronquidos. Y lú. ¿dormiste tú? Parecías estar dormido cuando le vi haciendo la guardia.»

«¿Qué? ¿Que me dormí haciendo la guardia?»

«No quería decir esto», dijo Barney, satisfecho de haberme excitado involuntariamente. «Quiero decir que mientras yo estaba de guardia le vi dormir a pierna suelta.»

«Hasla hace unas horas. Algo me despertó, como si intentaran matarme.»

"Debe de haber sido un sueño.» Bates se alejó.

«No ha sido nada», dijo Barney. «En seguida nos iremos. Ya va siendo hora de que nos pongamos las alforjas. Johansen parece decidido a partir.»

Recogimos nuestros pertrechos, los metimos en las verdes mochilas y ocupamos nuestro lugar en la fila, cuesta abajo en dirección al primer pueblo del día.

* * *

IZOLIERDA: *Un la jungla, el mejor amigo del soldado de infantería era el sanitario de la compañía. Le prestaba los primeros auxilios mientras esperaban el helicóptero de evacuación.*

LAS NOCHES

«¡Disparan!», gritó el teniente.

Nos sumergimos en la madriguera. Primero yo, con el vientre apoyado en el fondo. Luego llegaron el teniente y otros más, todos amontonados sobre mi espalda.

Explosionaban granadas alrededor y zumbaban algunos disparos de fusil.

«Como un sandwich», dije. «No os mováis de donde estáis.»

«Sí, señor. No somos más que sacos de arena para O'Brien». dijo Mad Mark. sacando la cabeza para ver las explosiones.

«Ten cuidado», dijo Barney, encajado sobre mis pies.

No duró mucho.

Un soldado de pelo rubio vino corriendo cuando cesaron los disparos. «Se me ha incrustado un irozo de metralla en la mano», dijo, y se chupó la herida. No parecía grave.

Mad Mark inspeccionó el corle con una linterna. «¿Aguantarás hasta el amanecer?»

«Sí. ("reo que sí. Deberé ponerme la inyección del tétanos, supongo. Estas inyecciones duelen mucho, ¿no? No quiero que me pongan la inyección del tétanos.»

"Necesito descanso y diversión. Y una mujer. Esto es lo que necesito. Puede tomarme con mi barba o sin ella."

Según supimos después, este combate había sido una farsa. El soldado rubio y algunos oiros se aburrían. Se aburrieron lodo el día. Se aburrían por la noche. Así que sincronizaron sus relojes. fijaron una hora y decidieron arrojar granadas de mano fuera de nuestro reducido perímetro a las 22.(K) en punto. Y cuando dieron las 22.00 hicieron lo acordado, simulando un combate. Gritaron, chillaron, dispararon sus armas y arrojaron granadas de mano y se lo pasaron bien, haciendo ruido y asustando a lodo el mundo. Algo de que poder hablar por la mañana.

«Magnífica pelea», dijeron por la mañana, taimadamente.

«¿Magnífica?» No podía creerlo.

«Ah. ya sabes. Un poco de acción anima la vida. Hace hervir la sangre.»

«Eslás loco.»

«Loco como una cabra,»

«Pero, ¿acaso te gusla que le maten? ¿Te divierte que Charlie venga a cchar granadas en lu madriguera? ¿Te gusla lodo esto?

«A unos les loca y a otros no. Yo estoy loco como una cabra.»

«No dejes que te tome el pelo», dijo Chip. «Lo de esta noche fue un montaje. 1.o planearon lodo desde el principio hasta el final.»

«Todo menos que el cabccita loca se abriera la mano con su propia granada», dijo Bates. «F.sto no lo planearon.» Bales caminaba a mi lado y el pelotón cruzaba un gran campo de arroz. «El cabecita loca arrojó su granada contra un árbol, rebotó y fue a explotar a su lado. Tuvo suerte de que no le volara la cabeza.»

Chip sacudió la cabeza. Era un soldado bajo y delgado de Orlando, eslado de Florida. Era negro. «No me gustan estos juegos. Tienes razón, eslán locos», dijo.

Proseguimos la marcha. Pierna izquierda adelante, posa el

AKRIBA: *Patrullar la jungla podía ser monótono, pero era imposible relajarse: las trampas explosivas acechaban.*

pie, fija la rodilla, arquea el tobillo. Hunde la pierna en el arrozal, atiesa la espalda. Deja que la guerra descanse sobre tu pierna izquierda: la mochila, la radio, las granadas, los cargadores de balas doradas, el fusil, el casco de acero, las tintineantes placas de identificación, la grasa, la carne y el agua del propio cuerpo, todo el contingente de artefactos de guerra y de carne- Deja que se apoyen aquí, meciéndose sobre tu pierna izquierda, atados, ligados, sujetos con pestillos, cremalleras y cuerdas de nilón.

Caballo de carga del espíritu, la pierna izquierda lo hace todo. Regañada y disciplinada. La pierna izquierda se levanta con gran energía. Avanza. Ls la pierna más fuerte, el pivote. La pierna derecha también viene, claro, pero sólo como acompa-

ARRIBA: *Tampoco los arrozales eran seguros: cables trampa, púas propulsadas, minas. Un paso en falso, algo precipitado, y uno dejaba las piernas en Vietnam.*

ñante. La pierna derecha se estira, avanza oscilante y el pie derecho toca el suelo sólo un momento, el tiempo justo para marchar al paso con la izquierda. Luego se debilita y deja en la tierra una marca desolada.

Los brazos se mueven, marcando el ritmo.

Los ojos recorren el campo de arroz. No pases por allí, es demasiado blando. Ni por allá, es peligroso, hay minas. Pisa aquí y no allí, ni allá tampoco; pisa aquí, aquí y aquí, con cuidado, con cuidado, ll0 te distraigas. Verde al frente. L i " verde, adelante. Los ojos giran en sus órbitas. Protegen las piernas, sin riesgos, están al acecho de francotiradores, de emboscadas, de pozos camuflados. Los ojos giran, buscando minas y trozos perdidos de tela y bombas, hilos y demás. Nunca parpadees. Pégate los párpados con esparadrapo.

El estómago arde con fuego lento. Fuego en el interior, en el fondo del pozo, justo sobre los testículos.

«Cuidado donde os sentáis», dijo el cabo. Buscábamos sombra. «Comed deprisa, sólo nos detendremos ciña) minutos, no más.»

«¿Cinco minutos? Señor, treinta y dos grados. ¿Dónde están Us cadenas y el látigo?» Bates eligió un trozo de suelo donde sentarse.

«Mirad» dijo el cabo. «No os paséis de listos. Yo sigo órdenes. Cuanto antes lleguemos al puesto, antes nos rcabastecereremos, antes nos acostaremos y antes acabaremos con este día. Antes todo.» El cabo se limpió la cara con un trapo, y con él se frotó el cuello.

Barney se sentó «Por qué nos detenemos?»

«Menos mal que alguien comprende que es mejor seguir», dijo el cabo.

Bates rió, como un aristócrata. «No sé por qué lo diría el amigo Barney. pero, de hecho, yo soñaba mientras marchaba. Estaba en pleno sueño. La hija de un famoso político y yo. Se había desnudado en una playa de las Bahamas. ¡Señor!» Hizo un gesto vago, para que la viéramos, apartando la neblina pro-

duelo del calor con la muño. «Se había desnudado, ¿ves? Sus pies tocaban el agua, las olas deliciosas lamían los dedos de sus pies y los intersticios entre ellos, y ella estaba tumbada sobre una toalla. Lo único que llevaba puesto eran unas gafas de sol.»

«¿De verdad puedes pensar en tilias de políticos, aquí?», preguntó Barney.

«Iis encantadora», dijo Bates, cerrando los ojos.

Comimos nuestras raciones ('" del mediodía y luego reanudamos la marcha basta la noche. Excavamos madrigueras y tendimos los ponchos para la hora de dormir.

«Mira esto», dijo Barney. «Es un visor de luz estelar. Mad Mark me lo dio para que se lo llevara. Pesa más de diez kilos, la maldita máquina.»

Pesaba más de diez kilos, contando la caja negra con su asa plateada.

«La probaremos esta noche», dijo Barney. «Ya puede funcionar bien con sus diez kilos.»

«Pareces un hombre de negocios neoyorkino camino del trabajo», masculló Barnes. «Parece una cartera o algo por el estilo.»

«¿Qué es eslo?» Chip vino a sentarse a nuestro Indo.

«Un visor de luz estelar.»

«Algo para mirar las estrellas, ¿no? Es una buena idea.» Chip llevaba gorra en vez de casco. Decía que con el casco no estaba fotogénico.

AHAJO: *Soñando una vida mejor. Si uno no se freía ai yo/, sufría bajo la lluvia y entre el barro.*

«¿Cómo funciona?»

«Es una especie de caleidoscopio o algo por el estilo», dijo Barney. «No tengo ni idea.»

«Sirve para ver en la oscuridad. Lo mencionaron en el campamento de instrucción y no volví a oírlo hasta ahora.» Bates se sentó, abrió la caja y sacó el aparato.

"Como los colores de un reactor en la noche..., donde el tablero de mandos es de un verde trémulo."

«Estrella luminosa, estrella brillante», recitaba Chip, «primera estrella que veo esta noche.»

«Pero mira qué grande es. ¿Y para qué servirá esle dispositivo? Hay que ser licenciado en derecho y tener dos doctorados para saber cómo funciona.» Bales estuvo manipulando los mandos. Apartó la cubierta protectora del objetivo y puso el visor de luz estelar ante sus ojos.

-Digo un deseo, digo un deseo», recitaba Chip, «que se cumpla mi deseo de esta noche.»

«Mierda», dijo Bates.

Barney puso la mano delante del objetivo. «¿Qué ves?»

Bates se rió tontamente. Escudriñaba el cielo.

«Pero ¿qué diablos ves. Bates?»

«Mujeres, oh, mujeres.»

«Déjame ver», dijo Chip, Bales le pasó el aparato. Chip an-

duvo jugando con el. «Oh, y bailan, oh», dijo. Reía y miraba a través de la máquina. «Kstrella luminosa, estrella brillante.»

Barney probó con ella, «No consigo ver nada.»

«Claro que no. Todavía es de día, no hay estrellas. Hacen falta estrellas para un visor de luz estelar.»

Esperamos hasta la noche y luego lo intentamos de nuevo. Manipulando los mandos. Bates logró hacerlo funcionar.

El interior de la máquina era un secreto, pero el principio en que se basaba parecía simple: con la luz de la noche — estrellas, luz de luna, reflejos— el aparato convertía la oscuridad en día. Contenía una pesada batería, algo capaz de exprimir la luz de las estrellas para, mágicamente, darle formas y apariencias nuevas.

«El país de las maravillas», musitó Chip. «Veo de noche.»

«¿Algún bastardo?»

«Veo un circo de montañas», dijo. «Como los colores de un reactor en la noche, en la cabina del piloto, donde el tablero de mandos es de un verde trémulo. Todas las rocas y los árboles de ahí delante son verdes en la noche. Yo no lo sabía »

«No se debería ver la noche», dijo Bates, cogiendo el aparato. «Los árboles, la maleza, todo, todo está inmóvil. Todo parece muerto con esta máquina.»

"Odiaba a mis compañeros, a los de litera y a los de celda. Odiaba a los reclutas más que a los instructores. Aprendí' a marchar, pero aprendí sólo."

Nos sentamos al borde de la madriguera para mirar con el visor de luz estelar.

«En serio», dijo Bates en voz baja, «no deberíamos ver la noche. Es antinatural. No me fío de este aparato.» Y me lo dio.

«Estrella luminosa, estrella brillante, primera estrella que veo esta noche, digo un deseo, digo un deseo, que se cumpla mi deseo de esla noche.» Chip se fue a dormir.

Yo me quedé a mirar la noche verde.

«Deseo la paz», dijo Bates.

«Yo también.»

«¿Qué ves?»

«Un fuego verde. El campo está en llamas de noche.»

«¿Algo en movimiento?»

«No.» Dirigí el aparato a un matorral más allá de nuestro perímetro. Los arbustos brillaban con un color luminoso. Lo dirigí a las estrellas. «Veo las nubes», dije. «Se mueven, puedo ver como se mueven tan bien como si fuese de día.»

«Pero, por amor de Dios, no deberías mirar las estrellas con este aparato», dijo Bates. «Deberías buscar a Charlie.»

Mad Mark se acercó. «Queréis callaros, vosotros dos.» Y se fue.

«Yo haré la primera guardia», dijo Bates. Le dí el visor de luz estelar, pero él lo dejó en el suelo, puso el fusil entre sus brazos y miró hacia la oscuridad. «Noche», dijo,

* * *

AI. PIE DE LA MONTAÑA

Para comprender qué le pasa a un soldado en los campos minados de My Lai hay que saber algo de lo que ocurre en Estados Unidos. Hay que comprender Fort Lewis, estado de Washington. Ilay que comprender una cosa llamada instrucción básica. Concluidos mis estudios universitarios en mayo de 1968. estaba en Fort Lewis a mediados de agosto. Éramos cien. Vimos caerse el pelo unos a otros, aprendimos la palabra «señor», aprendimos a reaccionar a «¡Media vuelta. ARI». Por encima de nosotros. a cien kilómetros de distancia, la montaña, blanca y fría de nieve, dominaba el cielo. La montaña se llamaba Rainier. y simbolizaba la libertad.

1 lice un amigo. Fank, y juntos sufrimos como esclavos los primeros meses de vida militar.

No buscaba amistad en Fort Lewis, Aquel lugar era la apoteosis de todas las pesadillas en el Ejército; todos eran patanes, una horda de patanes, cabos y sargentos de instrucción y también oficiales, sin diferencia de clase. En aquella selva de robots no había lugar para la amistad; me era imposible comprender la brutalidad reinante. No quería ningún amigo: se trataba de una decisión. Si los salvajes me habían capturado, 1l0 por ello iba a consentir con los de su calaña. Reír y hablar de la ciudad natal, de las carreras de obstáculos y de los coches de carreras... esto era para los otros. A mi no me gustaban y no había tazón alguna para que me gustasen. Para los otros reclutas, todo era más fácil. Ellos se ajustaban más que bien: a ellos les encantaba la instrucción básica, ellos que pensaban que de este modo se hacían más hombres; ellos que bromeaban con su bravuconería, y a sus bromas se unían también los cabos y sargentos de instrucción. Yo me mantuve aparte, sin ningún contacto. Odiaba a mis compañeros, a los de litera y a los de celda. Odiaba a los reclutas más que 3 /os *instructores*. Aprendía a marchar, pero aprendí solo. Oucdé sorprendido ante el montón de estupidez y de arrogancia de Fort Lewis. Yo era superior. No me excusaba en absoluto por creerlo. Sin simpatía ni compasión, instruí a mi intelecto y a mis ojos a ignorar el entorno. Me mantuve vigilante contra toda intrusión en mi vida privada. Mantuve una distancia adecuada a la distinción maniquea entre yo, por una parte, y el rebaño inconsciente y genuflexor por otra.

Movía la boca según las palabras, conformando labios y lengua. un engaño perfecto. Pero sin sonido alguno. El hecho de que no rugiera «Sí. mi sargento instructor» era una bofetada en su cara de bastardo. Un punto a favor del espíritu. Aprendí a fumar estando en formación después de la comida. Fra un placer privado. Necesitaba mis pulmones y mis papilas gustativas y mis manos y mis pensamientos. Parecía mayor, más sabio, más distante, más seguro de mí mismo.

Durante los días de instrucción básica y durante las noches, marchábamos. Y cantábamos. Hay mil canciones.

Cubría su cabello
con un sombrero amarillo.
I.o llevaba en primavera,
en el bello mes ele mayo.
Y si le preguntabas
por qué lo llevaba:
lo llevaba por su soldado.
que estaba lejos., muy lejos.

Escribes tan bien, dice una chica en sus cartas. Lo haces todo tan terrible y real... El próximo verano iré a Europa y veré muchos lugares para ti. Corno siempre...

Si Iuviera un C',¡. bajo,
pudría ‹ ser un vividor.
Si no tuviera cerebro,
aprendería a amar la lluvia.
¿Tengo o no tengo razón?
¿Me estoy haciendo fuerte?
¡A cantar!
¡A cantarf
Uno, dos, tres, cuatro...
¡A cantar.[1]

Marchamos durante el curso de infiltración nocturna. Usan metralletas contra nosotros, disparando por encima de nuestras cabezas mientras Krik y Harry y White y Kline se arrastran a mi lado, bajo las alambradas, con balas trazadoras por todas partes, dentro de acequias, hasta alcanzar la meta. Bajo la lluvia. l.ucgo, a plena nochc, marchamos de vuelta al cuartel.

Viet-nam.
Viet-nam.
Cada noche, mientras duermes,
Churtie Cong viene arrastrándose
por todas partes.

Marchamos hasta la zona llamada Rápido-Mata. Aprendemos a disparar rápidamente, velozmente, sin apuntar conscientemente. Sin pensar en absoluto. Rápido, mata. Marchamos hasta el campo de obstáculos, y Blyton fuerza a Klinc a seguir a lo largo de las maniobras. Marchamos hacia el cuartel, siempre cantando.

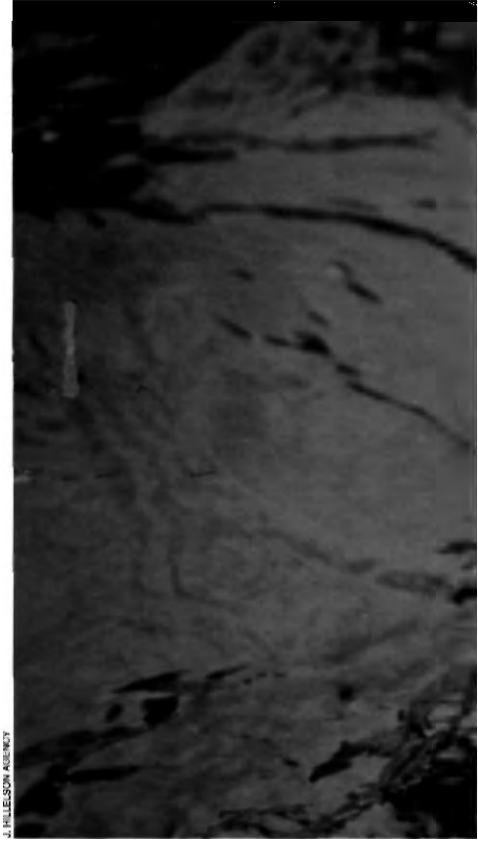
Si muero en zona de cómbale,
ponme en la cuja y mándame a cusa.
Y si muero en el frente de Rusia;
entiérrume al lado de un cono ruso.
¡A cantar!

Marchamos hacia la clase de bayoneta, entre bosques verdes, entre la lluvia sempiterna y entre los olores de la arcilla y de las hojas y los pinos y la dulce fragancia de la naturaleza; marchamos como juguetes bajo la libre y blanca montaña: Rainier.

Blyton nos instruye y se burla de nosotros. De pie, con las piernas muy abiertas, sobre una plataforma elevada, nos da una lección de manejo de la bayoneta. Con el codo izquierdo fijo y la mano izquierda en la abrazadera, justo debajo de la mira del arma, la mano derecha en la parte estrecha de la culata, y el antebrazo derecho bien apretado contra la culata superior, avanza con la pierna izquierda y raja hacia arriba con el acero. Una y otra vez abríamos en el aire vientres imaginarios y a veces buscábamos gargantas. «¡Los vietnamitas son unas mierdas pequeñas!,» grita Blyton. «Si queréis sus entrañas, tenéis que apuntar bajo. Agachaos y clavad.»

«Soldados, decidme, ¿cuál es el espíritu de la bayoneta?», pregunta vociferando, retumbando, como si recitara un verso de Sandburg.

Levantamos el fusil con la hoja montada, lo levantamos por encima de la cabeza, lo movemos como una bandera o un trofeo, inclinándolo con amor, y gritamos hasta quedar afónicos: «¡Sargento ínstructor, el espíritu de la bayoneta es matar! ¡Matar!»



ARRIBA: *F.l dolor, el miedo y la humillación de la instrucción básica. I'or malo que lodo fuera, iba a ser mucho peor en lu zona de combate.*
DERECHA: *Esquilados, afeitados y bien abrochados, los reclutas del cuerpo de marines se preparan para ver el mundo.*

Conozco a una chica llamada Jill.
Ella no quiere, pero su hermana sí.
Oh cariño, oh muñeca.
Conozco a una chica vestida de negro.
Se gana la vida tumbudu sobre lu espalda.
Oh cariño, oh muñeca.
Conozco u una chica vestida de rojo.
Se gana la vida turnbudu en la cama.
Oh cariño, oh muñeca.

J. PHILLISON/AGENCY

No hay nada en el mundo que pueda llamarse amor. Las mujeres son el enemigo. Las mujeres son malvadas. Son seres de la misma ralea que los comunistas, los bastardos de piel amarilla y los hippies. Marchamos para aprender a luchar cuerpo a cuerpo. Blyton ríe y bromea y vocifera su canción infantil: «Si quieres vivir, debes ser á-gil. mó-vil y lios-til.» Repetimos las palabras: ¡i-gil, mó-vil. hos-til. Nos alejamos cantando.

No lo sé. pero me han dicho
que lia esquimales lo tienen frío.
¿Tengo o no tengo razón?
¿Me estoy haciendo fuerte?
¡A cantar!

* * *

US ARMY

ARRIBA: *Procura dormir un poco mientras puedas, ya que mañana por la mañana tal vez pises sobre una mina.*
DERECHA: *Si la pisas, te arruinará el día por completo.*

TIM PAGE

Capítulo 2

RETROSPECTIVA

LA HUIDA

En la instrucción superior de infantería, el soldado aprende nuevas maneras de matar

Minas Claymore, trampas explosivas, la ametralladora M-60, el lanzagranadas M-7Ü. la vieja pistola de calibre 45. Los sargentos instructores dan lecciones sobre el fusil automático M-16. el arma más extendida en Vietnam.

Vista desde fuera, la instrucción superior parece instrucción básica. Cantidades industriales de empujones, de limpieza de calzado, de ejercicios de tiro y de marchas nocturnas. Pero 110 es instrucción básica. La diferencia se encuentra en la cabeza del nuevo soldado, en su cerebro, en la certeza de estar en una guerra: es éste su destino, que le acompaña cada día desde el alba hasta la noche.

El soldado que se encuentra en instrucción superior de infantería está condenado, y el lo sabe y piensa en ello, Guerra, guerra de verdad. El sargento de instrucción lo dijo cuando formamos para la primera inspección: cada miembro de la compañía es un soldado, un soldado de infantería del Hjército de Estados Unidos. La infantería, la reina de la batalla. No un cocinero, no un oficinista ni un mecánico. V dentro de ocbo semanas. dijo, todos abordaríamos el avión que nos iba a llevar a la guerra.

"Vietnam no es tan malo. He estado allí tres veces y todavía estoy vivo, fastidiando a todo bicho viviente."

«No quiero que andéis por ahí pensando en Alemania o en Londres». nos dijo. «No penséis en ello porque 110 hay ni la más mínima probabilidad. Sois hombres del cuerpo de infantería y no necesitamos infantes en Picadilly ni en Southampton. Además, Vietnam no es tan malo. He estado allí tres vccs y todavía estoy vivo, fastidiando a todo bicho viviente. Vosotros prestad atención a lo que se os enseña aquí y volvereis en una pieza, creedtne. Sólo prestad atención, intentad aprender algo. Vietnam 110 es tan malo, no lo es si sabéis manejaros.»

Un soldado preguntó acerca de unos rumores de que nos llevarían a Frankfort.

«Os creeréis toda esta mierda hasta que os haga vomitar. 'Iodo cristo va a Vietnam. ¿entendidos? Todo cristo.»

Otro levantó la mano y preguntó cuándo nos darían el primer permiso.

«Muy hien», dijo el sargento instructor, actuando como un maestro de escuela. «La verdad es que tenéis mucha suerte. Tenéis un jefe de compañía muy comprensivo. Sabe muy bien lo que significa salir de la instrucción básica, y me dijo que os hiciera salir rápido de aquí. Así que. soldados, si os portáis bien conmigo no habrá problemas. Dejad el equipo en el cuartel y daos prisa, que estaréis en Scattle dentro de una hora.»

Fui a la biblioteca de Tacoma y busqué la sección de la *Keatler'í· Cuide* dedicada al Ejército de Estados Unidos. Fll la entrada «Deserción» encontré lo que buscaba. Artículos sobre soldados que habían huido de los campamentos para irse a Ca-

TRH PICTURES

DKRECHA: *Disparando con un M-60 durante la instrucción, preparándose para aquellos «minutos locos» en Nam.*

ARRIBA: *Tal vez estas calles sean mezquinas, pero eran mucho mejores que Nam, y uno reciura liarla lo que fuera para quedarse en ellas.*

nadá. Suiza. Francia e Irlanda. La bibliotccaria me consiguió algunos números de *Newsweek* y de *lime* y yo me sentc en un rincón a tomar notas. La mayoría de los artículos eran entrevistas con desertores, relatos de su vida en EstocoIIDO, donde se movían libremente, o en París, donde se ocultaban y cambiaban de nombre y se dejaban barba. Fue una lectura interesante —me interesaba sobre todo su psicología y saber qué los indujo a desertar—, pero yo quería algo más concreto.

"La verdad es que tenéis mucha suerte... Dejad el equipo en el cuartel y daos prisa, que estaréis en Seattle dentro de una hora."

Yo buscaba detalles, cómo hacerlo. Quería conocer las leyes de los distintos estados, qué países admitían desertores y bajo qué condiciones. En un ejemplar de *Time* encontré una lista de organizaciones de Suecia y Dinamarca y el nombre de un holandés, un miembro del Parlamento, que dirigían un sistema clandestino de ayuda a soldados desencantados, mandándolos a países donde serían libres. Apunté los nombres y las direcciones.

En otro artículo se describían vías de acceso a Canadá, los lugares por donde pasaban los desertores. Ningún país miembro de la OTAN aceptaba desertores del Ejército de Estados Unidos, entre ellos regía una especie de pacto de extradición. Yo sabía que Canadá aceptaba a los objetores que rehuían el servicio militar, pero no pude encontrar nada sobre su política con respecto a desertores y dudaba de que nuestros vecinos del norte llegaran tan lejos. Suecia, a pesar de todos los problemas de adaptación y de empleo, parecía el mejor lugar.

"Quería conocer las leyes de los distintos estados, qué países admitían desertores..."

Sonreí a la bibliotccaria al devolverle las revistas: luego me dirigí al vestíbulo de la biblioteca y llamé por teléfono a la central de autobuses. Naturalmente, alteré mi voz—tal vez tenían algún tipo de sistema de grabación— y me informé sobre precios y horarios a Vancouver. El viaje de Seattle a Vancouvcr duraba sólo dos horas, me dijeron, y los billetes eran baratos. Además, había autobuses frecuentes, incluso durante la noche.

Luego llamé al aeropuerto de Seattle y pregunté el precio de los pasajes a Dublín, Irlanda, Actuando con cuidado, profesionalmentc, pregunlé en primer lugar a una de las principales compañías norteamericanas, diciendo que era estudiante y quería llevar a cabo una investigación allí. Después llamé a Air Cañada, les conté la misma historia, y mencioné que tal vez saldría de Vancouver. El empleado me preguntó si quería ida sólo o un billete de ida y vuelta. Ya esperaba esta pregunta y, tras una pausa realista de un par de segundos, le dije que lo mejor sería que me diera los dos precios, ya que posiblemente iba a estar varios meses en Dublín. Y quizá más. Hechas estas llamadas, volví a mi rincón de lu biblioteca y, por primera vez. me persuadí de que era. efectivamente, posible. Nadie me detendría en la frontera de Canadá, por lo menos si iba en autobús. Un viaje a Irlanda no despertaría ninguna sospecha. Desde Irlanda, no tardaría más de dos días en llegar por barco a Suecia. No había duda de que podía hacerse.

Escribí a mis padres y a mitad de la carta les pedí que me mandaran mi pasaporte y mi cartilla de vacunación. Habla estado en Europa en el verano de 1%7, un viaje de placer, no de evasión. Les dije que necesitaba mi pasaporte para mis permisos en Vietnam. Dije también que necesitaba mi cartilla de vacunación para mi historial médico del Ejército.

Hice un estudio detallado de los gastos. Quinientos dólares serían suficientes. Me faltaban doscientos, pero podía encontrar algún trabajo en Vancouver y conseguirlos en un par de semanas. Y si no tuviera tiempo que perder, había compañeros de estudios y viejos amigos a quienes podría pedir un préstamo. Escribí cartas a una amiga, lamentándome un poco y sugiriendo qué pensaba hacer. Le pedí que se reuniera conmigo durante el permiso del Día de Acción de Gracias.

Cuando salí de la biblioteca ya era de noche. Es divertido pensar que mi primer día de libertad desde mediados de agosto

lo había pasado en un edificio repleto de libros y de viejas señoras. Era algo notable. Los sargentos y los oficiales de la compañía se reirían si lo supieran. Pero yo también me reía, ya que aquella biblioteca y aquellas palabras escritas y aquellas solícitas bibliotecarias me iban a librar de todo esto.

«En realidad, la guerra de Corea y la guerra de Vietnam no son muy distintas. Un país dividido por una línea artificial. Gente de la misma raza matándose entre sí. Ayuda comunista y ayuda norteamericana, tropas comunistas y tropas norteamericanas. En los dos lugares, los rojos se vuelven codiciosos. Oh, desde luego, el tipo de guerra en Vietnam es nuevo, guerra de guerrillas, pero la estamos aprendiendo, somos muy buenos en ella. Me servido al Tío Sam en Corea y lo he servido en Vietnam, tres veces. Permítame que se lo diga, soldado: las guerras son todas iguales. Detrás de estas guerras asiáticas están los chinos. Soldado, tiene caspa en su uniforme; límpieselo. Debemos detener a los chinos mientras podamos hacerlo. Si no es en Vietnam del Sur. entonces, como me han dicho algunos oficiales australianos, será en Sidney.»

"La guerra de Corea y la guerra de Vietnam no son muy distintas. Un país dividido por una línea artificial. Gente de la misma raza matándose entre sí."

El comandante del batallón soltó una risita. Llevaba gafas de sol de cristal verde oscuro y sus ojos debían de estar cerrados. «Pero los chinos no saben gran cosa de lucha callejera. Los mataremos. Es algo que aprendimos en Europa. Debía haber visto Saint Vith. aquello era una lucha callejera. A ver, límpiese esta caspa, le cubre todo el cuello. Bien. Pero usted es un desaliñado. abróchese bien este botón.» Volvió a sentarse. En la pared, a su espalda, había una hilera de fotografías, la cadena del mando. Empezaba con Lyndon Johnson, Earl Wheeler, Stanley Roser, el comandante del Sexto Ejército, el comandante del fuerte y, finalmente, el comandante del batallón, con su cara de finos labios como a punto de sonreír, «Todo esto se lo dice un viejo soldado», dijo. «Supongo que deberá leerlo para creerlo, es la nueva moda. Tendré que escribir un libro. Recuerdo la multitud de chinos cruzando el río hasta Corea. Con ello hay suficiente para un libro. El problema es que quieren filosofía además de la acción. Yo quisiera un relato directo, escribir lo que ocurrió tal como ocurrió, pero ya veo las muecas de rechazo. He aquí el problema: hay que hablar mal de los militares para que publiquen un libro. Pero yo podría escribir un libro.»

«Señor, la razón de que esté aquí es que estoy preocupado por la guerra de Vietnam. Creo que es, sabe, un error. Me preocupa que...»

«Ya sé lo que le ocurre, soldado. Todos tenemos miedo. Pero en cuanto esté metido en ello, entonces, no se preocupe, no tendrá miedo. Dios, a veces, es estimulante. Un hombre contra un hombre, y sólo uno vence. Y el que pierde, pierde mucho. Pero no es un soldado —a no ser que mienta— quien no admita haber tenido miedo alguna vez. Sobre todo antes de las batallas o después de ellas. Esto es lo que me pasaba a mí. Dios, todos los oficiales estábamos allí, sentados, bebiendo y bromeando, pero teníamos miedo, sí, también los oficiales. Ya ve. somos humanos.» Se echó adelante y sonrió por vez primera. Ya había dicho lo fundamental. Yo sonreí y asentí, ya que él pedía reconocimiento. Estaba admitiendo algo que yo debía saber que él no acostumbraba a admitir ante los reclutas: que era un ser humano. La entrevista había alcanzado su punto culminante.

«¿Le sirve esto de ayuda, soldado? Debería hablar con ustedes más a menudo, pero ya sabe cómo son las cosas, Se evitarían muchos problemas y malentendidos. Si hay otras cosas que le preocupan —mala comida, dificultades con el correo—, hágamelo saber. Me tranquiliza saber que mis hombres pueden hablar conmigo cuando tienen problemas. Puede retirarse.»

Durante la instrucción superior de infantería se nos concedían unas lloras diarias de libertad. En el fuerte había tres lugares donde pasar el tiempo libre. Uno era la sala de cine, donde se proyectó *Burbarella* durante tres semanas seguidas. Otro era la cafetería, Tenían donuts baratos y calientes, y en ella pasé bastantes horas y gasté dinero. El mejor lugar era la biblioteca. Era pequeña y estaba casi siempre vacía, excepción hecha del bibliotecario. Tenía algunos libros buenos.

Guardaba mis planes de fuga en la cartera. Debido a las inspecciones, no estaban seguros en las taquillas. Encontré una mesa retirada en la biblioteca y en ella pasaba dos horas al día preparando el plan de fuga. Los números atrasados de las principales revistas de actualidad me permitieron obtener detalles sobre las leyes de inmigración suecas. Tomé notas sobre la historia, la cultura y la política de Suecia. Empecé a estudiar sueco aprendiendo las palabras que significan comida, bebida, ejército y desertor. La enciclopedia me fue muy útil, y aprendí los nombres de las mayores ciudades de Suecia y de los ríos y puercos.

Los domingos no hacía el consabido viaje en autobús a Seatlle o a Tacoma. sino que escribía cartas a mi familia, a un maestro y a dos chicas, intentando explicar la agonía de mi situación. Las cartas a la ciudad natal, en América, eran difíciles de escribir. Pero era aún peor leerlas, naturalmente. Peor que abrir un telegrama de la Western Union: «Con gran pesar, debo informarle que su hijo...» Aunque nunca podrían comprender totalmente mi fuga, por lo menos sabrían que objetaba a la guerra. En las cartas explicaba las razones de mi deserción y hablaba de los problemas de conciencia de participar en la guerra. Sobre todo, sin embargo, internaba decir cuán duro es poner en apuros a las personas que uno quiere. Escondí las cartas y decidí mandarlas desde Canadá, mi primera escala.

ARRIBA: *Antes del vuelo hacia Vietnam, queda un último fin de semana que no hay que desaprovechar.*

Leí *El americano impasible* de Graham Grecne. Había un párrafo que me impresionó especialmente, y lo copié como un apéndice en cada una de las cartas. Greene describe al piloto de un bombardero francés hablando con uti periodista norteamericano mientras loman una cerveza. Ll piloto, responsable de la muerte de vietnamitas anónimos en la guerra de Francia contra el Victminh. dice que eslá cansado de llevar la carga personal de una guerra que fue injusta liesele el principio y que antes o después acabará en las mismas condiciones en que pudo haber acabado anos atrás.

La biblioteca no era más que un pequeño edificio de madera, pero era el paraíso. I.os domingos por la mañana esperaba de pie junto a la puerta a que llegara el sargento con las llaves. Cuando llegaba, probablemente directo de la cama, sin haber desayunado, abría violentamente la puerta, entraba y me decía que no hiciera ruido. Ouerfa dormir.

Una o dos semanas antes de Navidad tenía ya dinero suficiente. los documentos precisos > un plan definitivo. Estaba enfermo de bronquitis, pero los pequeños espasmos de náusea y de tos me empujaban adelante. Eran el síntoma de otra enfermedad que sabía perfectamente bien cómo curar. Nos dieron permiso de fin de semana.

El viaje en autobús hasta Seattle fue un continuo traqueteo. Era un viernes por la larde, frío como siempre, y la nieve, muy tenue, había reemplazado a la lluvia. En el interior del autobús no había luces, excepción hecha de los cigarrillos encendidos. Los pasajeros iban todos en uniforme, incluso el conductor, y las boinas verdes sobresalían aquí y allí por encima de los respaldos de los asientos. Los oficiales llevaban gorras de estilo nazi, uniformes verdes y medallas. Estas cosas me exaltaban en mis días de instrucción básica, pero ahora, asustado y decidido, me divertían. Mi garganta estaba llena de lemas. La náusea se pascaba por mi estómago y ascendía hasta mi cabeza.

"Reclutado, ¿no? Yo también. Me apunté a la Escuela de Oficiales. No es que quisiera ser oficial, pero por lo menos posponía Vietnam durante un tiempo."

A mi lado había un teniente, que me preguntó si iba a casa por Navidad. Dije: «No, señor, es sólo un permiso.»

«Vas a Seattle. ¿ch? No es mal lugar. Mejor que Nam, tenlo por seguro.»

«¿Ha estado usted en Nam?»

«No. Voy a ir. Pasado mañana. Los bastardos 110 quisieron retrasarlo hasta después de Navidad.»

«Mala suerte.»

«¿Cuál es tu cuerpo?», preguntó el teniente.

«Infantería.»

«Reclutado. ¿no? Yo tambicn. Me apunté a la Escuela de Oficiales. No es que quisiera ser oficial, pero por lo menos posponía Vietnam durante un tiempo. Casi llegué a creer que se habían olvidado de mi. Un mes más, este febrero, y hubiera podido ir a Alemania. Toda mi unidad va a Alemania.»

«¿Está muy molesto, señor?»

«Sí», dijo. «Pero creo que precisamente para esto me he preparado. De hecho, casi tengo ganas de poner en práctica todo lo que he aprendido. Creo que soy mejor que estos bastardos del Vietcong.»

El autobús se alejaba del fuerte. Iba por una larga carretera de tres o cuatro carriles que pasa entre bosques hasta llegar a Seattle. La cabeza me dolía y la incliné hacia atrás y me medio dormí. No un sueño profundo, pero sí lo bastante para sufrir una pequeña pesadilla.

Én Seattle, la central de autobuses estaba repleta de policía, civil y militar. Me metí en el lavabo de hombres y me quité la ropa. Metí el uniforme en mi bolsa negra de desertor y me puse pantalón y camisa. Nadie dijo una palabra.

"Vomité en la habitación del hotel... La bolsa de desertor estaba lista para partir, pero la suciedad de la habitación y la soledad me daban miedo."

Encontré una habitación barata. Decidí que durante la noche repensaría el asunto por última vez. La anciana del mostrador de recepción me dio la llave sin una mirada. Tenía ante sí el *Seaiilc Times* abierto por la página de deportes. Como un caballero. dije buenas noches. Ella masculló también que buenas noches. Dejé la bolsa encima de la cama y salí del hotel en dirección al puerto. Encontré un marinero y le pregunté por un buen lugar donde cenar. «Allí», me dijo. «Buen pescado y barato. ¿No tendrás algo suelto?» Tomé sopa de almejas, que me alivió el dolor de cabeza; luego fui a una cabina telefónica y llame a un taxi que me llevó a la Universidad de Washington.

Me acerqué a una residencia universitaria femenina y toqué el timbre. Me abrió una chica con lejanos, cabello negro y gafas de montura azul. Le dije que era de Minnesota y que uno de mis amigos de aquella universidad me había dicho que podría encontrar una chica con quien salir si llamaba a esla dirección. Me preguntó el nombre de mi amigo y me inventé uno. Me preguntó en qué residencia vivía él. y yo, que no conocía ninguna. dije que en la Fi Gamma Omcga.

«De hecho», añadí, «no soy ningún maníaco sexual. Lo único que ocurre es que he venido a visitar Seattle y no quisiera perder la noche. Podríamos ir al cinc o a cualquier otra parte.»

«Qué le vamos a hacer», dijo la chica. «Pareces un buen chico. pero ya sabes cómo son las cosas. Tengo que estudiar. Mañana tengo un examen.»

«Mañana es sábado, ¿Tienes clase los sábados?»

«No. No es mañana. El examen es el lunes. Fue un error involuntario. creo.»

«La verdad», dije, «no esperaba que vinieras tú. Pero lal vez conozcas a alguien.»

«Di siento. Pero estamos ante las vacaciones de Navidad. Tenemos exámenes, ¿sabes?, y todas mis amigas tienen que estudiar.» Sonrió y añadió: «Además, ésta no es manera de llevar las relaciones humanas.»

Así pues, me fui. algo turbado, y me dirigí al centro de Seattle. Paseé entre las luces de neón, rojas y amarillas, y pasé por delante de un cine donde proyectaban *himan's . Raixbow* —«. ..si no estoy junto a la chica a quien quiero, quiero a la chica junto a la cual estoy»— y delante de otro donde proyectaban *El graduado,* lo que me hizo pensar en mi antigua novia de la universidad. Seguí andando, silbando una melodía hasta que el dolor de cabeza volvió.

Al final de la calle, junto al puerto, la luz era más tenue. Una prostituta me agarró con su paraguas y me preguntó si quería compañía.

«No. gracias», dije. «Me siento mal esta noche.»

«¿Puedes prestarme un par de dólares'.'», preguntó.

«Lo siento. Pero necesito el dinero. No sabes cuánto lo necesito.»

Vomité en la habitación del hotel. Me dormí. Me desperté, volví a dormirme, me desperté de nuevo y oí la lluvia. Miré a la calle. Ya no había nieve y todo era un lodo gris. Me senté a la mesa. La bolsa de desertor estaba lisia para partir, pero la suciedad de la habitación y la soledad me daban miedo. Dormí un poco más y soñé, y cuando desperté volví a vomitar y vi que se hacía de día. Quemé las cartas a mis padres. Leí las otras y las quemé también. Me acerqué al vestíbulo y compré una cocacola. Después de tomarla me sentí mejor, con la cabeza más clara, y quemé los planes. Era un cobarde. Estaba enfermo.

Me encontré mal durante todo el sábado. Y estuve inquieto y desesperado. El domingo por la mañana cogí un autobús directo al fuerte. Fui a la biblioteca y leí. comí un ünnt en la cafetería y me metí en el cuartel. Los demás regresaban bulliciosamente del permiso, la milad de ellos borrachos y riñendo y gritando o hablando de la Navidad. No había ningún lugar donde estar solo.

* * *

ABAJO: *A la llenada proyectan· una película sobre técnicas de cómbale. Vale la pena estar atento: te puede saltar la vida.*

LA LLEGADA

Lo primero que se advierte es la neblina. Luego, cuando el avión empieza a descender, aparecen unas montañas de color gris pálido. El avión se desliza hacia abajo y las montañas se oscurecen y adquieren un aspecto siniestro Se ven los trazados de las escarpaduras y uno se pregunta si, de entre todos los lugares que hay ahí abajo, acabará muriendo precisamente en éste. En la distancia se ven manchas verdes y debajo está el mar, con una franja de arena que marca la costa. Doscientos hombres retienen la respiración. Nadie mira a los demás. Todos están aterrorizados Pero no tiene sentido insistir en ello. Así pues, se bromea: nos quedan sólo 365 días. La azafata nos desea buena suerte desde el altavoz. En la puerla reparte algunos besos, sobre todo entre los extrovertidos.

Desde la bahía de Cam Ranh. otro avión nos lleva a Chu Lai. una gran base al sur de Danang, donde está el cuartel general de la División Americana. Allí estamos una semana, en un lugar llamado Centro de Combate. Es una especie de lugar de veraneo junto al Mar de la China Meridional, con su arena y sus mujeres nativas y su campo de golf en miniatura y sus espectáculos con todas las variedades de movimientos pélvicos femeninos. Allí junto al mar se recibe la instrucción del ahora-o-nunca. Se arrojan granadas, se practica el desplazamiento a través de campos minados, se aprende a usar detectores de minas. Pero, sobre todo, se piensa en la muerte. Uno se pregunta qué

sucede, qué se siente en el interior. A veces, uno se detiene y siente un cosquilleo en el cuerpo, siente los músculos y los nervios en acción. De noche, uno se sienta en la playa y contempla el fuego de los combates en la lejanía, donde la guerra tiene lugar. También hay cine y un lugar donde comprar cerveza. Con cuidado, uno tacha seis días en su calendario de bolsillo y empieza un diario con la vaga esperanza de que nadie deba nunca leerlo.

Llegar a Vietnam como soldado es como llegar al campamento de instrucción como recluta. Todo es nuevo, y uno atribuye maldad a los objetos más simples que le rodean. Se ve la arena teñirse de rojo, tropeles de ángeles y espectros en el cielo, piedad en los ojos del capellán, odio disimulado en las muchachas que venden refrescos. Uno no sabe bien cómo comportarse: si manifestar el miedo o vivir secretamente con él. si manifestar resignación o repugnancia.

Después de una semana en el Centro de Combate, me llevaron en camión con otros cinco por la carretera Uno hasta un lugar llamado Ciator. donde había una zona de aterrizaje.

Me asignaron a la compañía Alfa.

••Pobre hijo de perra», me dijo el empleado de correos, sonriendo. «¿Cuántos días le quedan en Num? ¿358? ¿No? ¿357? Mierda. Pobre hijo de perra, A mí me quedan veintitrés días, veintitrés, y lo siento, pero me voy. Soy tan bajo que necesito una escalera para darte las cartas. ¿Cómo te llamas?»

"Vamos, O'Brien, tómatelo con calma. Alfa es una compañía convencional; no debes preocuparte."

El empicado de correos me dio la mano. «Por lo menos eres un hijo de perra con suerte. Los irlandeses nunca mueren, por lo menos en Alfa. Los negros sí, pero no vosotros. Yo soy tan negro como el betún del coronel, así que puedes apostar ci culo a que no estoy a salvo hasta que el viejo pájaro de la libertad aterrice en Seattle llevándome consigo. Veintitrés días, pobre hijo de perra.»

Me llevó hasta el sargento primero. El sargento primero dijo que me olvidara de todas las historias de que iba a ir directo al campo de batalla. Ganduleaba ante un ventilador vestido en ropa interior, y me ofreció una cerveza. «Vamos, O'Brien, tómatelo con calma. Alfa es una compañía convencional; no debes preocuparle. Pórtate bien y yo te tendré en Gator hasta que la compañía regrese a descansar. No tiene sentido que te mande ahora, ellos volverán pasado mañana.» Agarró una cuerda con los dedos del pie y acercó el ventilador. «Ve al cine esta noche, toma una cerveza o haz cualquier cosa.»

Me asignó al tercer pelotón y dijo a gritos al sargento de suministros que me diera mi equipo. Este le contestó también a gritos que se fuera al infierno y los dos se echaron a reír. Recibí un fusil, munición y un casco, ropa de camuflaje, un poncho, una mochila, ropa limpia, un paquete de cigarrillos y caramelos. Luego se hizo de noche y vi a Elvira Madigan y a su amigo hacer frente a toda clase de dificultades: pasar hambre, desesperarse y morir estúpidamente, tan estúpidamente que uno sólo podía lamentar su falta de sentido común. El protagonista, el amante de Elvira, era un desertor. Uno tenía la impresión de que había *desertado por un ideal de amor y mariposas, de días venturosos* y vida sencilla, y que, cuando vio que no podía conseguirlo, ni siquiera en compañía de la rubia Elvira de ojos azules, decidió que no valía la penu vivir. Pero, Dios, matar por hambre, por miedo a tener que hacer un trabajo servil. Molesto, me metí en un barracón vacío, aparté las municiones y granadas que había en la cama y me dispuse a dormir.

AKKIBA: *En el exterior del perímetro le abrazas a la madriguera como a un viejo amigo reencontrado.*
DERECHA: *La vida en la línea de fuego. Holgazaneando al sol, atentos a los disparos.*

A los dos días, la compañía Alfa llegó a la zona de aterrizaje Ciator. Estaban sucios, gritaban, eran groseros, tenían ganas de beber y emborracharse y apenas me prestaron atención. Estuvieron bebiendo toda la tarde hasta bien entrada la nochc. Hubo una pelea que acabó en más cerveza, fumaron marihuana y empezaron a dormir o a estar flipados hacia medianoche.

Hacia la una o las dos de la madrugada —primero pensé que *estaba soñando,* luego que era a/go sin importancia— se oyeron unas explosiones en el exterior. El sargento primero entró en

los barracones con una linterna. «¡Vamos!», gritó, «¡Salid todos! ¡Nos atacan! ¡Despertad!»

Busqué un casco para mi cabeza. Un chaleco antibalas. Mis botas, el fusil, munición.

La oscuridad era total. Las explosiones continuaban: parecían muy lejanas.

Salí. Las bengalas iluminaban la base y los morteros disparaban hacia los arrozales. Me escondí en un cobertizo de metal donde guardaban las cervezas.

Nadie más salió. Esperé y finalmente salió un hombre con una cerveza en la mano. Luego otro, también con una cerveza.

Se sentaron en los sacos de arena, vestidos con ropa interior, bebiendo y riendo, señalando a los arrozales y mirando caer las bombas de nuestros morteros.

En los siguientes cinco minutos llegaron dos o tres hombres más; luego el sargento primero empezó a vociferar. Cinco minutos más tarde había más hombres fuera, sentados en los sacos de arena.

Cayeron algunos proyectiles enemigos. La tierra se abría. La mayor parte de la compañía Alfa dormía.

Llegó un teniente. Ordenó a los hombres que cogieran sus pertrechos, pero nadie se movió y el se retiró. Luego algunos hombres descubrieron el destello de un mortero enemigo. Cogieron una ametralladora y dispararon por encima de las cabezas de los demás.

Segundos después, el cañón del enemigo volvió a brillar. Se oyó un silbido y el proyectil abrió un cráter en un camino a seis metros del cobertizo de la cerveza. La metralla golpeó con violencia contra las paredes del cobertizo. Yo permanecí inmóvil, jadeando, sin pensar. Los hombres decían que Charlie apuntaba a nuestra ametralladora y todos se dispersaron. El siguiente proyectil cayó aún más cerca.

"Kid tenia sólo dieciocho años, pero todos decían que había que cuidarse de él: era el mejor tirador del batallón con un M-79."

El teniente volvió. Discutió con uno de los sargentos del pelotón, pero ahora el teniente hablaba con firmeza. Nos ordenó que recorriéramos el perímetro, Mascullando que si la compañía necesitaba descansar y que si el descanso se había convertido en una mierda de descanso y que mejor que no hubieran regresado. los hombres se pusieron los cascos, cogieron los fusiles y acompañaron al teniente a recorrer el perímetro.

Tres hombres se negaron, se metieron en los barracones y se fueron a dormir.

Un el perimclro había dos soldados muerios. Disparamos ametralladoras de calibre 50 en dirección a los arrozales y el cielo se llenó de bengalas. Dos o tres hombres de los nuestros, olvidándose de la guerra, salieron a perseguir paracaidas que revoloteaban alrededor de los refugios. Los paracaidas procedían de las bengalas.

Por la mañana el sargento primero nos sacó de la cama y recorrimos la base en busca de muertos. Encontramos ocho cuerpos de vielcong. Uno de ellos estaba acurrucado junto a un rollo de alambre de espino con la parte superior de su cabeza apoyada en el suelo, como si estuviera a punió de hacer una vuelta de campana. Un grupo de hombres metió los cadáveres en un camión. I.levaban guantes y no les gustaba el trabajo, pero bromeaban, El resto, nos adentramos en el campo de arroz siguiendo a un perro rastreador en dirección a las posiciones de los morteros del Vietcong. F.l perro nos condujo hasta un pueblo, pero allí no encontramos más que mujeres y niños. Estuvimos andando hasta el mediodía, Luego el teniente nos mandó regresar y llegamos a la zona de aterrizaje Gator a tiempo para el rancho.

«Estos pobres malditos vietnamitas», dijo Kid mientras llenábamos los sacos de arena, «deberían saber que no tienen nada que hacer con la compañía Alfa. Deberían saberlo, es como intentar atacar el Pentágono. Si la vieja Alfa interviene, 110 tienen la menor oportunidad; deberían saberlo, por el amor de Dios. Ocho a dos: ellos perdieron seis hombres más que nosotros.» Kid tenía sólo dieciocho años, pero lodos decían que había que cuidarse de él: era el mejor tirador del batallón con un M-79.

«De hecho», continuó Kid, «estos dos tipos ni siquiera eran de Alfa. Me refiero a los dos soldados muertos. Pertenecían a la compañía Charlie o algo así. No sé. Estos estúpidos vietnamitas deberían saberlo.» Dibujó una gran sonrisa, movió las cejas arriba y abajo y pestañeó.

VVolf dijo: «Mira, novato, no quiero asustarte, nadie quiere asuslarte, pero lo de la otra noche no fue nada. No fue más que una broma. Lspera a ver una batalla de verdad. Lo de anoche fue sólo un picnic. Casi me dormí mientras ocurría.»

«No seas imbécil. Wolf. Nunca es divertido.» Kid echó una palada de arena a los pies de Wolf. «Excepto posiblemente para mí. Yo estoy encantado, nada me puede alcanzar. El viejo Wolf es un buen farsante, te estará contando trolas sin parar hasta que confundas su culo con su codo.»

«Muy bien, novato, 110 me hagas caso y pregúntale al amigo Barker. Dile al amigo Barker que lo de anoche fue sólo una broma, ¿eh? Tuvimos morteros y alambre y refugios y arlillería y, mierda, ¿qué más quieres? ¿Quieres una maldita bomba II?»

«Buena idea», dijo Kid.

Pero Barker admitió que sólo fue una broma. Llenó un saco de arena, lo cargó en el camión y se senló a leer un cómic. Wolf llenó otros dos sacos, se sentó junto a Barker y le llamó bastardo perezoso. Mientras Kid y yo llenábamos más sacos. Wolf V Barker leían cómics y jugaban un juego llamado «Nombre del

IZQUIERDA: *Soldado norvietnamita, vietcong o norteamericano de ojos azules: Los muertos. están muertos, y una fosa en el suelo es una fosa en el suelo.*

ABAJO: *Aunque duerma, todo infante debe tener su M-16 al lado si quiere sobrevivir.*

REX FEATURES

1ZOUILRDA: *Un recuerdo de lierras lejanas. Si uno acaba pensando que el enemigo no es humano, ¿qué hay de mulo en llevarse un recuerdo como éste?*

Grupo». Wolf nombraba una canción de rock y Barker decía el grupo que la hizo famosa. Wolf ganó 10 a 2. Le pregunté a Kid cuántos hombres de Alfa habían muerto recientemente, y él, encogiéndose de hombros, dijo que un par. Le pregunte, pues, cuántos habían sido heridos, y sin pensarlo respondió que unos pocos. Z.e *pregunté cuán malo era* el *agente* naranja, *si era difícil* conseguir un lugar en la retaguardia, si los jefes del pelotón eran feroces, si Kid fue herído alguna vez, y sólo conseguí que sonriera, una ligera sonrisa cada vez, respuestas que no decían nada. Me dijo que lo mejor era no preocuparse.

Durante el primer mes supe que seria un novato —el término era, realmente, jodido novato: FNG. *Fucking New Cuy*— hasta que llegara la próxima remesa. Descubrí que los soldados pueden ser tan perezosos, descuidados y estúpidos en el campo como en otras partes. No se ponen el casco ni el chaleco antibalas si un oficial no se lo ordena; se duermen en las guardias y en general a nadie le importa; tiran la munición o la enlierrun en cualquier parte si pesa demasiado o si hace calor. Supe que nadie en la compañía Alfa conocía la razón o el objetivo de esta guerra, y que no les importaba lo más mínimo saberlo. De lo único que se trataba era de matar vietnamitas. Aprendí que a la gente no se la llama por su nombre de pila, sino por un sobrenombre: Kid o Water Buffalo, liuddy («amigo») Wolf o Buddy Barker o Buddy Bumey, o, si se trata de alguien desagradable, no es más que Smith, o Jones o Rodríguez. Los suboficiales que se someten a un programa intensivo de dos meses para conseguir sus galones reciben el nombre de «Suboficiales instantáneos». De ahí que algunos jefes de pelotón tuvieran nombres de productos alimenticios como Kcady Whip (Hatido Rápido). Nestle's Ouick (Esbelto Neslé) o Shake and Bake (Agita y Cuece). Se puede permanecer un año en Vietnam y vivir con un pelotón de sesenta o setenta personas, unas saliendo y otras llegando, sin saber niás de una docena de nombres completos. Aunque, la verdad, da lo mismo.

"Una tira de piel caía de la oreja en el lugar por donde estuvo unida a una cabeza humana. Parecía viva."

Mad Mark era el jefe del pelotón, un primer teniente y un Boina Verde, Era difícil determinar si primero fue el nombre, Mad —loco—. o la razón del nombre. De todos modos, la locura de Mad Mark no era de tipo histérico y violento. Más bien era una persona demencialmente tranquila. Nunca parecía tener miedo. Era un soldado profesional, un líder ideal para los hombres en el campo de batalla. Era el tipo de locura propio de los guardianes de la república platónica. Su actitud y su talante parecían amoldarse perfectamente al tipo de los agentes de la ('IA o la KGB.

" No quiero decir con ello que Mad Mark hiciera alguna vez el papel de asesino. Pero era su talante, y el lo cultivaba. Caminaba con pasos elásticos, cómodos, silenciosos. Vestía ropa de faena atigrada, no como camuflaje, sino por el aspecto. Llevaba una escopeta de caza —un arma que yo creía que estaba prohibida en guerra—, y la escopeta misma era una muestra de su profesionalismo, ya que para usarla con eficiencia se requiere una mezcla exacta de valor, técnica y confianza en uno mismo. FI arma no es ni precisa ni mortal a una distancia de más de sesenta metros. Así pues, es una prueba de la destreza de quien la lleva, un hombre que debe acercarse tanto requiere valor y confianza en sí mismo. La escopeta no es un arma automática. Hay que acertar a la primera, al primer disparo, y el disparo debe matar. Mad Mark dijo una vez que después de la guerra quizá probara la vida de mercenario en África.

La guerra no me pareció tan mala hasta que mandamos una patrulla nocturna a un pueblo llamado Tri Kinh 4. Mad Mark la dirigía, llevando sólo su escopeta y otros cinco hombres. Hacía una hora que habían salido, cuando oímos ráfagas de disparos y una llamada de radio en la que nos decían que habían disparado contra unos vietcong que estaban fumando y charlando junto a un pozo. A los diez minutos ya estaban de regreso.

Kid tenía una expresión radiante. «Dios mío. Estaban ahí delante, sin protección, justo en medio de la aldea, en un pequeño claro, sentados en sus culos. Diez de ellos, sentados allí mismo. Dios, no pudieron hacer nada; no les dimos tiempo a respirar.» Su cara brillaba en la noche, sus dientes relucían. No cabía en su cuerpo de alegría. Andaba de un lugar a otro, con ganas de estallar.

«Vamos», dijo. «Enséñales la oreja que hemos cogido. Enséñales la oreja.»

Uno encendió una linterna. Mad Mark. sentado con las piernas cruzadas, sacó, envuelto en un trozo de lela, un colgajo de oreja humana aún caliente, marrón en la luz amarilla de la linterna. Se oyó una risilla. La oreja no tenía sangre. Goteaba agua, como si la acabaran de sacar de una bañera. Le faltaba parte del lóbulo superior. Una tira de piel caía de la oreja en el lugar donde estuvo unida a una cabeza humana. Parecía viva. Parecía que iba a moverse en las manos de Mad Mark. como si quisiera dar un salto a la libertad. Parecía tener la textura de un trozo de elástico.

«Mad Mark fue y la cortó. Para algo es Mad Mark. Debía de creer que estaba cortando salchichas o algo así.»

«¿Oué harás con ella? ¿Por qué no te la comes, Mad Mark?»

«Pero, mierda, quién va a comerse a un maldito bastardo. V'o como mujeres, no vietnamitas muertos.»

« También encontramos dinero. Un buen paquete.» Uno de los hombres sacó un fajo de piastras grasicntas y los miembros de la patrulla las repartieron y se metieron su parte en el bolsillo: luego pasaron la oreja para que todo el mundo pudiera verla.

"El vietcong muerto estaba todavía allí, tumbado sobre su espalda con los ojos cerrados y los brazos cruzados."

Mad Mark llamó a los cañoneros. Durante una hora los helicópteros dispararon sin cesar sobre Tri Binh 4. El cielo, los árboles y las colinas se iluminaban con los focos, ios rastreadores y el fuego. Desde nuestra posición podíamos oler el humo procedente de Tri Binh 4. Oíamos los quejidos agonizantes de las reses y las gallinas. A las dos de la madrugada nos echamos a dormir. Tri Binh 4 se volvió curiosamente silencioso y oscuro, excepción hecha del ruido y las llamas de los últimos rastros del

ataque. El humo continuó recorriendo nuestra posición toda la noche. Cada hora, cuando me despertaba, era lo primero que veía, y me traía el recuerdo de la oreja. Por la mañana enviamos otra patrulla al pueblo. Ul vietcong muerio estaba todavía allí, tumbado sobre su espalda con los ojos cerrados y los brazos cruzados y la cabeza inclinada a un lado, de modo que no se notaba la falta de la oreja. Se veía fuego en algunas cabanas y había animales muertos en el suelo, pero no seres humanos. Registramos Tri Binh 4 y luego lo incendiamos casi por completo.

«Esta noche», dijo Mad Mark con calma, «les prepararemos una emboscada.»

Ya era casi de noche y el teniente tenía el mapa extendido en el suelo junto a lina madriguera. Los jefes de las patrullas formaban un círculo a su alrededor, observando donde marcaba las X y tomando notas.

Mad Mark señaló un punto en el mapa, lo rodeó con un circulo y dijo: «Emboscaremos este cruce de caminos Kl cuartel general tiene buenos informes de que Charlie está cerca. Tal vez lo cojamos ahora.»

Trazó dos lineas rojas en el mapa. «La primera patrulla se situará en este canal, junto al campo de arroz. Aseguraos de que los lanzagranadas y las ametralladoras no se amontonen. Muy bien, veamos. La segunda patrulla se oculta tras este seto. Así formamos una L. Cogemos a Charlie. venga por donde venga. Las patrullas tres y cuatro se quedan aquí esta noche. Yo dirigiré la emboscada.»

Dijo si había preguntas, pero los jefes de las patrullas eran muy experimentados y nadie dijo liada.

«Muy bien. pues. Saldremos a medianoche o un poco después. Traed suficientes claymores. Y. por amor de Dios. 1l0 olvidéis los detonadores Que cada hombre lleve también un par de granadas, l eñemos que cobrar algunas piezas.»

La noche era negra, del negro más puro, sin luna ni estrellas. Nos sentamos junto a las madrigueras en pequeños grupos, y algunos decían que traía mala suerte hacer emboscadas en noches tan oscuras como aquélla. Muchas veces todo el asunto era ficticio, se llamaba al cuartel general y se suspendía la emboscada. Pero esta vez Mad Mark iba en serio y no había nada que hacer para evitarlo.

A medianoche, los jefes de las patrullas fueron de madriguera en madriguera despertando a los hombres. Colgamos granadas del cinturón. F-chamos los cascos en la madriguera: eran un estorbo en la noche, distorsionaban el oído, pesaban demasiado y, si había que disparar, no permitían apuntar bien. Nos pusimos. pues, la gorra o fuimos descubiertos. Uno de cada tres hombres cogió una mina Claymore. Limpiamos los fusiles, bebimos un poco de agua, orinamos en la hierba y nos tumbamos a esperar.

«La espera», murmuró Chip. «Odio la espera, ver cómo oscurece sabiendo que debo salir. No me gusta que me maten en la oscuridad.»

Cuando seguimos a Mad Mark hacia la oscuridad, el aire era denso. No se oía ninguno de los sonidos de la naturaleza. Ni pájaros, ni viento, ni lluvia, ni el susurro de la hierba, ni grillos. Caminábamos a través del silencio. Con el estruendo del metal, el balanceo de las cantimploras, rompiendo ramas, vociferando nuestros nombres y chapoteando en el agua, parecíamos gigantes en la noche.

Mad Mark nos mandó parar. Hablaba con dos o tres hombres a la vez. y cuando me tocó el turno me dijo que debíamos hacer menos ruido, que él, por lo menos, no quería morir aquella noche. No sirvió de nada.

Mad Mark nos llevó a través de un campo de arroz y por una carretera de tierra estrecha y sinuosa. La carretera pasaba junto a un pueblo. Un perro ladró. Se oyeron voces rápidas en las cabañas. tal vez padres que decían a los niños que se estuvieran quietos, intuyendo el mismo peligro que nos paralizaba a nosotros veinte, los intrusos. Pasamos de largo por el pueblo. Ll ladrido del perro perduró unos veinte minutos, resonando en los arrozales y persiguiéndonos mientras nos acercábamos al cruce de caminos.

"Conecté el cable al detonador y lo mantuve en lugar seguro, a la espera de hacer añicos la cabeza de algún furtivo comunista asiático."

Uno de los pensamientos más persistentes y espantosos que acechan la mente mientras se camina de noche en Vietnam es el miedo de perderse, de separarse de los otros, de pasar la noche solo en aquel campo obsesionante y aterrador. Todo estaba oscuro. Andábamos en lila india, a unos tres metros uno de otro. Mad Mark nos llevó por un camino tortuoso y desconcertante. Salimos de la carretera, pasamos junto a grupos de árboles, marañas de bambú y de hierbas, zigzagueando entre tumbas de vietnamitas muertos que yacían bajo montículos cónicos de barro y arcilla. Hl hombre que uno tenia delante y el que tenía detrás eran los únicos asideros en la seguridad y la cordura. Seguíamos al hombre de delante como un ciego sigue a su perro, como Dante seguía a Virgilio a través del Infierno, y rezábamos para que no se perdiera, para que no perdiera el contacto con el hombre a quien seguía. Manteníamos tensos los músculos de los ojos y mirábamos intensamente hacia delante. Nos dolían los ojos de tanto mirar la nuca del hombre que nos precedía. Estábamos en tensión. No nos atrevíamos a mirar a otra parte, no fuera que el hombre se evaporara, se disipara y se transformara en una sombra ausente.

A veces, cuando la jungla se espesaba, nos acercábamos a él hasta tocarle la espalda.

hl hombre de delante es la civilización. Él es los Estados Unidos de América y cada uno de los amigos que se ha tenido: él es Hrik. y las chicas rubias, y es el padre y es la madre. Es la propia vida, es un altar y Dios combinados. Y para el hombre que nos sigue, nosotros somos su única antorcha. Mad Mark nos distribuyó en dos direcciones, formando la 1. que nos indicó en el campamento.

Me dio una Claymore y señaló un punto en el camino que iba de este a oeste. Me sentía valiente y estúpido mientras caminaba por la oscura carretera. El ingenio mortífero funcionaba como me habían enseñado durante la instrucción. Introduje el casquete explosivo en un agujero situado en la parte superior de la mina. Separé las patas metálicas de la mina y las enterré en la tierra, dirigiendo su cara cóncava hacia el cruce de caminos. Volví arrastrándome al seto, desenrollando el cable lentamente. Luego conecté el cable al detonador y lo mantuve en lugar seguro, a la espera de hacer añicos la cabeza de algún furtivo comunista asiático.

Formábamos diez grupos de dos hombres cada uno. Un hombre de cada grupo dormía mientras el otro observaba la carre-

CAMERA PRESS

lera. Paitaban dos horas para el ulbu. Mi compañero era un chico llamado Reno; así. por lo menos, le llamaban. Su verdadero nombre era Jim o algo por el estilo. Tal vez eligió el olro nombre cuando llegó a Nam. Tal vez eligió Reno enlre otros nombres como Ringo, Sunset Kid o Flash. Era jel'e de patrulla y no me gustaba mucho. Tenia demasiado apego a su trabajo. Me entregó su reloj y se enrolló en el suelo. Se quitó c' Sürr» >'st' durmió al instante. Dormía silenciosamente, lo cual obraba a su favor, pensaba yo.

Observar la carretera no es un trabajo fácil. El seto era espeso. Intenté ponerme de rodillas, pero estaba demasiado bajo. Me plise de pie, pero tenía esta horrible sensación que se siente cuando se está de pie en una emboscada. Finalmente. me agaché y me puse en cuclillas. Los muslos me dolían, pero podía ver la carretera y sería difícil que me quedara dormido en aquella postura.

Cogí el detonador de la Claymore, sintiendo su tacto. Cabía bien en mi mano. Moví varias veces el seguro para convencerme de que no se iba a atascar. Me imaginé a mí mismo apretando insistentemente el detonador, una y otra vez. sin que ocurriera nada, sólo un chasquido metálico.

También tuve otros pensamientos. Miraba la carretera, mis ojos cataban fije» en ella. pero el cerebro daba cabida a lodo tipo de fantasías. Imaginé que los veinte nos habíamos convertido súbitamente en los objetivos de la cacería nocturna, nosotros, que nos engañábamos pensando que éramos los cazadores y que controlábamos la guerra y nuestro destino. Alli estábamos. veinte soldados sin madrigueras, sin alambradas, sin perímetro de protección. El enemigo sólo debía atacarnos por detrás, Diez de los nuestros dormían. Los demás miraban estúpidamente en uiia misma dirección, al cruce de caminos, como si los dioses de la guerra hubieran dispuesto que el Vietcong pasara por delante de las miras de nuestros fusiles como una ristra de pavos asustados.

Desperté a Reno, le di el reloj y me acurruqué junto a mi fusil. Hacía frío. El suelo estaba húmedo. Reno aplastó un mosquito con la mano y se sentó con las piernas cruzadas mirando inmóvil hacia unos arbustos. Es un veterano, pensé. Sabía lo que hacía. Yo pensaba en la imposibilidad de dormir, pensaba que tal vez debería decirle a Reno que durmiera un poco más. cuando me sumergí en un descanso apacible y profundo.

ARRIliA: *Reducir la ¡elisión. Un cigarrillo ayudaba a concéntrame cuando entubas átenlo u cualquier sonido, a cualquier movimiento, a cualquier nota extraña.*

"Hacía frío... Reno aplastó un mosquito con la mano y se sentó con las piernas cruzadas mirando inmóvil hacia unos arbustos."

Reno me despertó. Mi ropa estaba empapada. Lloviznaba y hacía frío. Le pedí el reloj. Eran las tres y diez. Reno me habia estafado unos minutos. Yo debía haber dormido hasta las tres y veinte, pero él era el ¡efe y no habia más que hablar. Hizo una amplia sonrisa y dijo: «No te mojes, novato», sin molestarse en bajar la voz. «Vas a coger una pulmonía y tendremos que mandarte a la retaguardia. Apuesto a que esto te revienta.» Encendió un cigarrillo. Esto era una estupidez c iba contra el reglamento. pero yo no pude determinar qué era más cobarde: si decirle que lo apagara, con lo que él se burlaría de mis temores, o cerrar la boca y desear que muriera de cáncer de pulmón, con lo que yo albergaría algunas dudas sobre mi valor para actuar como debiera.

Finalmente, la lluvia apagó el cigarrillo y Reno se enroscó en el suelo hasta caer dormido.

Una hora más tarde, cuando Mad Mark nos dijo que recociéramos las cosas y nos fuéramos. Reno yacía sobre su pecho y respiraba ruidosamente. Era uu experto soldado norteamericano. un veterano en el combate, un jefe de patrulla.

★ ★ ★

US ARMY

a r r i b a : *Aun cuando la zona de aterrizaje pareciera segura, había que tener los ojos bien abiertos a cualquier indicio de emboscada.*

D h R R C H A: £>i *cuanto era posible, uno se introducía en territorio ' indio3*

US ARMY

Capítulo 3

PINKVILLE

EL ASALTO

FJ 16 de abril hacía un calor agobiante, como todos los otros días de aquel mes. Las mañanas de abril empezaban con los signos del nuevo día. Un cielo silencioso y absolutamente cúrenle de nubes emergía de la oscuridad y sobre el mar. Las primeras horas eran claras, como una especie de cristal distorsionados Podían llegar a verse cosas increíbles. Luego el sol ascendía sobre la zona de aterrizaje Minuteman. A las diez de la mañana, los fusiles, las cantimploras y la munición eran intocables. Las dejábamos estar.

A veces, antes de que el calor del ambiente alcanzara la fase letal, el capitán Johansen nos hacía salir de la base Minuteman y pasábamos la mañana sudando a paso de marcha. Registrábamos una aldea descuidadamente, deseando sólo protegernos del sol. Insultábamos a algún vietnamita, aplaudíamos la aparición de una fuente o de un pozo ocasionales y finalmente nos retirábamos a la cumbre de nuestra colina para pasar la peor parte del día.

Ignorábamos al Victcong. Luchábamos con montones de troncos caídos. Buscábamos posles, los clavábamos en c| suelo y sobre ellos tendíamos nuestros ponchos, formando pequeños techos. Luego nos tumbábamos como prisioneros en el medio metro cuadrado de sombra resultante.

El sol era el dueño de la tarde. Freía u la compañía Alfa en la polvorienta y rojiza sartén de la colina. Llegamos a considerar al sol como nueslro enemigo más persistente y asluio. Toda la instrucción, la disciplina y la destreza militar se marchitaban y se descomponían en aquellas tardes de abril. Dormíamos a la sombra, desatentos, y a nadie le importaba. Esperábamos su-

ABA.IO: *Junando al ajedrez en zuna tic cómbale. En el campo de batalla eran pocas las distracciones, y habla que hacer algp pura pasar el tiempo.*

ministros. Eventualmente. una patrulla iba colina abajo en busca de agua. Yo me sentaba junto a la radio, pidiendo a veces a la retaguardia que se dieran prisa. Alfa era una compañía bien acostumbrada. No podían faltarnos las naranjas ni las coca-colas frías: eran algo tan habitual como los cortes de pelo y las bulas. Sin ellas no podría haber guerra.

Durante aquellas tardes de abril, el capitán Johansen y el oficial de artillería pedían el juego de ajedrez, y pasábamos el tiempo contemplando cómo su blanco y pulcro ejercito sucumbía. Escribíamos cartas. Dormíamos. Yo escribí poesía y narraciones cortas. Otras veces hablábamos y yo intentaba conversar con Johansen sobre la guerra. Pero 61 era un oficial y era práctico y quería hablar sólo de táctica y de historia: si le pedía su opinión sobre la política o la moralidad de la guerra, el salía con un chiste o se encogía de hombros llevando la conversación a un terreno más seguro.

"Atacan cuando uno duerme. Uno se inclina para atarse los cordones de las botas y le atacan. Uno se duerme en la guardia y le destrozan."

Los días de abril se repetían como mellizos, como sextillizos, todos idénticos entre sí. Durante el día jugábamos. Balonvolea, locar y parar, póquer o ajedrez. Mad Mark se divertía con sus granadas de gas arrojándolas en uno de los refugios y esperando a que el oficial de artillería saliera hecho un mar de lágrimas, ni capitán Johansen y el comandante del batallón, el coronel Daud. montaban en un helicóptero y echaban granadas de gas sobre la zona de aterrizaje. Cra Ull e jercicio de adiestramiento. Se trataba de controlar el tiempo de reacción y de asegurarse del buen funcionamiento de las máscaras

Por la noche, y según las órdenes del coronel Daud. debíamos salir a preparar emboscadas. A veces lo hacíamos, pero otras no. Si los oficiales consideraban que los hombres estaban demasiado cansados o demasiado inquietos para una emboscada nocturna, confeccionaban un sistema de coordenadas y lo transmitían al cuartel general del batallón, hra un informe falso. El artillero transmitía por radio la información ficticia a los cañones de la retaguardia. Los 105 o los 155 disparaban los proyectiles señalizadores y el teniente retocaba sus falsas notas mientras daba un rapapolvo a alguien por su mala puntería. Durante la noche, llamábamos por radio a nuestra inexistente patrulla pidiéndole dalos acerca de su situación. Hacíamos una pequeña pausa, modificábamos nuestra voz un decibelio y contestábamos a nuestra propia llamada: «Informe sobre situación negativo. Fuera.» Esto lo hacíamos una vez por hora durante toda la noche. cubriendo la posibilidad de que el cuartel general controlara la red. Todo estaba previsto. Todos los soldados estábamos agradecidos a los oficiales de Alfa. Y los oficiales justificaban su acción mascullando que el coronel Daud era un novato y un fanático. Las falsas emboscadas eran buenas para la moral, eran el mejor juego a que jugábamos en la zona de aterrizaje Minuteman. Los rumores se hicieron persistentes. A medida que concluía el mes iban adquiriendo mayor solidez, se hacían más precisos: la compañía sería trasladada a la región de My Lai para una larga operación. Los helicópteros nos llevarían a Pinkville antes de fin de mes. Pero los rumores no procedían de ninguna parte. Preguntar por su procedencia era una tontería. Nos

ARRIBA: *Todas las comodidades del hogar: una raja de raciones enlatadas, una hamaca en la jungla y un poncho como techo.*

remitirían al sol, o al arroz, o a un hombre que debería preguntar a otra persona. Johanscn sólo se encogía de hombros.

Tres días antes del fin de mes nos sacaron de la base Minuteman. Nos concedieron tres días de descanso en Chu Lai. una base militar cómoda y segura en la costa del Mar de la China Meridional. Matamos los días y las noches bebiendo, silbando y tocando a las mujeres en los espectáculos nocturnos. El último día de descanso, el coronel Daud lo confirmó. Hizo el papel de padre rígido pero amante. Distribuyó a la compañía Alfa en semicírculo y nos dijo que nos pusiéramos cómodos.

«Vais al encuentro del 48." batallón del Vietcong», nos dijo. El coronel era un negro, un soldado fuerte y resolutivo. No sonreía, pero esperaba que le estuviéramos agradecidos por ello. «El 48." batallón es una unidad dura y luchadora. Algunos de vosotros ya habéis tenido contacto con ellos. Son listos, y esto los hace duros. Atacan cuando uno duerme. Uno se inclina para atarse los cordones de las botas y le atacan. Uno se duerme en la guardia y le destrozan. Andamos por los caminos que ellos han minado porque saben que los norteamericanos son perezosos y prefieren no caminar por los arrozales, y nos hacen volar en mil pedazos. Muertos.»

El coronel Daud parecía pensar que éramos un atajo de imbéciles. Creía *que no.*s estaba enseñando, *que nos ayudaba* a sobrevivir. Y nos mandaba allá,

«Así pues, también vosotros debéis ser listos. Más listos que ellos. Vosotros sois soldados norteamericanos. Sois más fuertes que estos tipejos. Más altos, más rápidos. Más cultos. Vosotros estáis mejor aprovisionados, habéis recibido mejor instrucción, contáis con más apoyos. Lo único que necesitáis es cerebro, sentido común. Si tenéis sueño durante una guardia, despertad a un compañero para que os releve. Estad alerta durante las marchas. Fijaos en los arbustos. Observad si hay tierra recién removida. Si algo parece no estar en su lugar, alejaos y decid a vuestro compañero que se aleje. ¿Está claro? Pinkville es un mal lugar, lo sé muy bien. Pero los estúpidos también mueren en la misma Nueva York.»

"Estábamos en el helipuerto antes del amanecer... Es doloroso —y lo es de un modo lento y tortuoso— dar traspiés en la pista bajo una mochila de 30 kilos."

Daud se alejó en helicóptero. «Dios, ¡qué capullo tan pomposo!», dijo un otlcial. «Nos manda a Pinkville y dice que no nos pasará nada si somos listos. Nueva York... ¡Mierda!»

CAMERA PRESS

ARRIBA: *-No hagas un movimiento, muchacho, o le dejo seco.» Un sospechoso de pertenecer ul Vietcong mira la faz de la muerte.*

El 29 de abril ya estábamos en el helipuerto antes del amanecer. Con resaca y con miedo, es difícil ponerse el casco en la cabeza. El casco parece pesado e incómodo. Es doloroso —y lo es de un modo lento y tortuoso— dar traspiés en la pista bajo una mochila de 30 kilos. No es fácil tampoco llevar el fusil.

Nos tumbamos en pequeños grupos en el suelo asfaltado de la pista. Los saldados negros bromeaban y gritaban demasiado para la hora que era, Tenían su parte propia del helipuerto y sólo los oficiales los llamaban la atención. Sobre el mar, el sol empezó a iluminar el día. El capitán Johansen habló con sus tenientes y luego se tumbó sobre la espalda. Nosotros fumábamos y pensábamos en la chica coreana del strip-tease y en la ciudad natal. Yo hice un control de comunicación con el cuartel general del batallón, limpié mi **M-16** y lo engrasé. Algunos hombres se quejaban de tener que llevar munición adicional. Los jefes de pelotón eran rudos, tratando de comportarse como jefes tan temprano, Intercambiábamos latas de comida, carne de pavo por carne de cerdo, puré de manzana por melocotones.

Con la primera luz del día, el coronel Daud llegó en helicóptero. Desde el aire, hablaba por radio. La primera formación de helicópteros estaba prevista para las 06.05 horas: llegaría en unos minutos. La zona de aterrizaje de Pinkville parecía tranquila, nos dijo. Veintitrés kilómetros al sur. los campesinos de My Khc dormían.

Llegaron los helicópteros. Con ellos trajeron la dura luz del día. Hacia ya calor. El tercer pelotón y la unidad de mando subimos a ellos. Nos pusimos de rodillas o sentados con las piernas colgando en el exterior. Gritamos, tratando de animar a nuestros amigos. Los helicópteros rugieron, se levantaron con gran lentitud, inclinaron su hocico hacia delante y ascendieron.

Fue un viaje corto, desesperadamente corto. Primero vimos Chu Luí y los reactores y los PX. el club y la biblioteca, el círculo de oficiales y las playas amigas; luego las torres de guardia y las alambradas; después el campo. C.'onstelacioncs de aldeas, de arrozales, de setos, de bocas de túneles.

Se empieza a sudar. A pesar de la hélice, que introduce aire frío como un acondicionador, uno empieza a sudar. Enciende un cigarrillo, intentando pensar en algo que decir a alguien. Un buen chiste se agradecería, algo divertido. La risa nos hace sentir resignados, si no valientes. Uno mira las caras de los demás.

Johansen señaló algo, abajo. Era una extensión de arrozales, limitando a un lado con un bosque y a otro con una de las aldeas de My Khc. «Este es el lugar», dijo. «Cuando empecemos a descender, agarra las correas de mi espalda y no las sueltes. Si me disparan, no quiero caerme del helicóptero.»

Empezamos a descender. La peor parte del combate de asalto. aquello en lo que se piensa al descender, es cuán perfectamente expuestos estamos. Nada nos protege. Estamos en una máquina muy frágil, sin madrigueras, sin rocas, sin barrancos. Pero el **combate d**e asalto es la potente táctica ofensiva del Ejército. primo hermano de la *blitzkrieg* de Hitlcr. Las palabras pertinentes son: «ágil», «móvil», «hostil».

"Un teniente nos dirigía mientras cantábamos una canción, una canción pegadiza y feliz de *El Mogo de Oz."*

Sentado en el helicóptero y contemplando el suelo que se acerca. coloco el cargador en el fusil.

Ya estamos a la altura de los árboles. Los cañones del helicóptero efectúan sus disparos protectores. Agarro las correas en los hombros de Johansen. Esperamos los disparos del enemigo, y aguzamos el oído para distinguirlos entre el ruido del helicóptero y de nuestras propias armas. El helicóptero se posa fi-

nalmcnte en su área de aterrizaje, cerniéndose y temblando sobre el arrozal, y nosotros nos amontonamos como ralas aterradas, Nos dispersamos en busca de zanjas, depresiones y rocas.

Bates, tumbado a mi lado, musitó: «Dios, tengo fuego en las entrañas. Estoy tan asustado... Un gran fuego en el estómago.»

Nadie nos disparó. Fue un frió recibimiento. Johansen esperó a que los helicópteros estuvieran nuevamente en el aire. Haciéndonos señales con las nianos, nos hizo levantar y nos fuimos corriendo a registrar la aldea. Vimos a unos vietnamitas salir del poblado por su extremo septentrional y fuimos en su persecución. Nos sentíamos confiados y felices de estar vivos, nos sentíamos valientes también. El simple hecho de haber sobrevivido al asalto era una bendición, una especie de orden de agresividad. y marchábamos como tropas de asalto hacia My Khe.

El saldo final fue de tres muertos: dos soldados enemigos y uno de los nuestros, un chico a quien había dado una paliza en una partida de ping-pong en Chu Luí.

Los días siguientes tuvimos más combates de asalto. Aprendimos a odiar ul coronel Daud y a su ejército de helicópteros. Murió a manos de unos zapadores en uu ataque nocturno. Oímos la noticia por la radio, y un teniente nos dirigía mientras cantábamos una canción, una canción pegadiza y feliz de *El Mago de (h* «Dingdong, la malvada bruja ha muerto.» Cantábamos en buena armonía. Parecía un coro

* * *

MY I-AI EN MAYO

Las aldeas de My Lai están esparcidas como semillas silvestres en el área de Pinkville y alrededores. Pinkville es una franja de arcilla arenosa roja en la costa septentrional de Vietnam del Sur. «Pinkville» (Ciudad Rosada) es un nombre de cuento de hadas inapropiado para este triste rincón del mundo. Desde la perspectiva de un soldado de Infantería que zigzaguea por una de las áreas más duras de la zona de guerra, hay pocas cosas rosas o rosadas en Pinkville: cabanas de barro, a menudo vacías, pagodas bombardeadas, el rostro marcadamente hostil de sus habitantes, zonas fangosas, arrozal tras arrozal, un sucio laberinto de complicados túneles, refugios contra las bombas y tumbas.

El nombre del lugar se debe a que en los mapas militares está coloreado de un rosa trémulo, lo cual indica que se trata de una «área edificada». Tal vez lo fue en otro tiempo. Tal vez en otros días Pinkville fue una región floreciente de la provincia de Quang Nhai. Pero ya no lo es,

La compañía Alfa conocía bien Pinkville y los asentamientos

ABAJO: *Eos soldados descienden y el helicóptero despega inmediatamente, l'ara el helicóptero, el lugar más peligroso es el suelo.*

llamados My l.ai. Ya antes de que aparecieran en los titulares de los periódicos y antes de que los nombres de Callcy y Medina ocuparan sil lugar en la historia, Pinkville era lina región temida y especial. En enero, aproximadamente un mes antes de que yo llegara a Vietnam, menos de un año después de la matan™ de My Lai 4, la compañía Alfa tomó parte en la masiva operación Russell Bcadi, uniendo sus fuerzas a otros elementos del Ejercito, lanchas de marines, la marina y la aviación. Pinkville y la península de Batangang fueron el objetivo de esta campaña, planeada con todo detalle y muy pregonada. Estas dos regiones habían sido durante mucho tiempo un santuario del Vietcong, con sus campesinos amistosos, su arroz casero y su ausencia casi total de infantería norteamericana. A pesar de la publicidad y de la estrategia bélica, la operación no dio los resultados esperados. V nuestra unidad aprendió duras lecciones sobre Pinkville. No hay ningún criterio fiable para distinguir a una encantadora muchacha vietnamita de un enemigo mortal: a menudo son una misma persona. La unidad pisaba una mina tras otra en la operación Russell Beach. Con la frustración y el odio producidos por cada explosión, cada rostro oriental empezó a parecerse a todos los demás, hostil y oscuro; y cuando se retiró de Pinkville, la compañía Alfa se había convertido en un grupo de hombres henchidos de odio.

En mayo nos ordenaron volver. Depositados por helicópteros en las aldeas de My Khe, a unos pocos kilómetros al sur del área de My Lai, efectuamos contacto inmediato. El Vietcong estaba allí, preparándonos una emboscada en el arrozal. Los habitantes de My Khe 3 guardaban silencio y nos dejaron pasar entre ellos.

"El Vietcong estaba allí, preparándonos una emboscada en el arrozal. Los habitantes de My Khe 3 guardaban silencio..."

De los arbustos surgió una granada de mano que rozó mi casco; era una lata de sardinas llena de explosivos. Recuerdo cuando la vi, silbando a mi lado. Recuerdo que hice un salto hacia la izquierda; recuerdo estar esperando el ruido más fuerte de mi vida. Fue sólo una ligera detonación, pero recuerdo haber pensado cómo sonaría a un hombre muerto. Clauson. un tipo fornido, recibió el impacto de la granada. Yo estaba tumbado en el suelo y le vi andar unos pasos, chillando; luego se tumbó sobre la espalda y continuó chillando. El comandante del batallón estaba en la radio, preguntando por mi capitán, queriendo hablar con él. ordenándome que marcara con humo nuestra posición, ordenándome que llamara a los demás pelotones. Nos disparaban desde los arbustos. Clauson había desaparecido, no sé dónde ni cómo, pero cuando levanté la cabeza para verle, ya no estaba. Todo era ruido, ruido incesante y continuo. Sólo acabó cuando Mad Mark salió de entre los arbustos llevando sobre el hombro a un muchacho alto y delgado, llamado Arnold. Metió a Arnold en un helicóptero y nos dirigimos al norte, hacia la zona de My Lai.

Ln el camino nos topamos con los habitantes de Pinkville, personas que no participaban en la guerra. Niños menores de diez años, mujeres, ancianos que fijaban los ojos en el suelo y callaban. «¿Dónde están los vietcong?», preguntó el capitán Johansen con bastante delicadeza. „Dónde están los hombres?

¿Dónde está papá, hijo?» No hubo ninguna respuesta. No la hubo hasta que esquivamos la bala de papá o hicimos explotar su mina en un millón de fragmentos.

"Recuerdo que hice un salto hacia la izquierda; recuerdo estar esperando el ruido más fuerte de mi vida."

Al salir de My Lai 5, la compañía Alfa estaba cansada y furiosa. Otro registro inútil de un pueblo casi desierto, otro resultado negativo. De camino hacia el norte, para cruzar el rio Diem Diem, la compañía estuvo constantemente acosada por francotiradores, cuyos disparos aumentaron hasta convertirse en un ruido atronador cuando llegamos al río para cruzar el puente, de setenta y cinco metros de longitud y sin protección alguna. De uno en uno, corriendo agachados con la mayor rapidez permitida por las mochilas, las radios y las ametralladoras, la unidad cruzó el Song Diem Diem. mientras las tropas restantes nos cubrían, en espera de su turno. Estábamos aterrorizados. Era una carrera contra la muerte. El juez de salida era un teniente que, agazapado en el camino arcilloso que llevaba al arrozal, gritaba «¡Ya!» a cada uno de nosotros y luego empezaba a disparar para cubrir al corredor. El capitán, el primer vencedor de la carrera, nos esperaba en la meta. Hacia el signo de la V a

ARRIBA: *Muerte en la turile. Tapándose lu nariz para evitar el hedor de la putrefacción, estos civiles§ vietnamitas contemplan un montón de cuerpos destrozados.*

cada hombre que llegaba. Podía significar tanto victoria como valor. Pero no significaba paz. Los hombres se ponían furiosos por momentos: no había soldados enemigos visibles a quienes disparar; sólo setos, arbustos y montones de árboles caídos,

Aquella noche nos atacaron con morteros, Nos arrastrábamos entre las zanjas y los canales del campo de arroz, intentando evitar ser alcanzados. Veíamos los rápidos destellos rojos de los cañones, pero nadie se atrevió a contestar al fuego, ya que ello sólo hubiera servido para mejor fijar nuestra posición. El capitán me ordenó llamar al cuartel general para que trajeran helicópteros y. en medio de la comunicación, los disparos de mortero se aproximaron todavía más. Johansen dijo entre dientes que nos estaban rodeando, disparando desde dos direcciones, y nosotros, caminando a gatas, con mi antena arrastrándose por el suelo y en la noche más oscura, reptábamos de un lado a otro hasta llegar finalmente a una de las aldeas de My Lai. donde pasamos la noche. I.os pelotones yacían en el agua de los arrozales. Tenían miedo de moverse.

En los días siguientes, a la menor sospecha encendíamos los lanzallamas. En los techos de paja el fuego prende enseguida, y en los días malos las aldeas de Pinkville ardían, objeto de nuestra venganza. Era gratificante alejarse de Pinkville y ver las llamas detrás de la compañía Alfa. Era gratificante, como lo es el odio puro.

Fuimos a otros pueblos, en compañía del 48." batallón funtasma del Victcong. Cuando una trampa explosiva oculta en un seto se llevó por delante a dos de los más populares soldados de la compañía, los hombres descargaron sus puños sobre las dos primeras personas que cayeron en nuestro poder: dos mujeres asustadas que vivían en la aldea culpable. También les arrancaron mechones de espeso pelo negro. Los hombres lloraban al hacerlo. Un oficial sacó su pistola y con ella golpeó la cabeza de un prisionero.

"En los días siguientes, a la menor sospecha encendíamos los lanzallamas. En los techos de paja el fuego prende enseguida."

Metimos los restos de nuestros compañeros en las bolsas de plástico al efecto. Arrasamos el pueblo con napalm. Oí gritos de dolor entre los escombros ardientes. Oí los fusiles AK-47 del enemigo disparar impotentes contra los reactores. Había bebés y niños y personas a quienes el Victcong no les importaba en absoluto. Pero Chip y Tom estaban en camino hacia el registro

de bajas en Clui I.ai; estaban muertos, y era difícil sentir compasión.

Continuamos la marcha, bajo el urdiente sol y sobre la roja arcilla. Una tarde de mediados de mayo montarnos un perímetro defensivo en la cima de una colina alia y escarpada. Nos sentíamos protegidos y nos sentamos a descansar, después de recibir un suministro de comida caliente, correo, coca-cola y cerveza. Debajo, los campesinos trabajaban en los arrozales. Un teniente —el que recibió el nombre de Mad Mark—. aposlado en una roca, apretó sus gafas contra la nariz, miró por la mira telescópica de su nuevo fusil M-14 y disparó sobre un campesino. Éste cayó Mad Mark estaba entusiasmado: una diana a trescientos metros. Cuando el teniente bajó con una patrulla a examinar los resultados me dijo por radio: «l e herí en una pierna. Llevaba arroz y unos papeles en una bolsa. Llama al cuarlel general y comunícales que liemos cogido a un Chai lie. varón y en edad militar. Atrapado cuando intentaba escapar. «¿Qué lal me escuchas?»

Tragué saliva y dije: «Bien, ¿Algo *más?»*

"Mad Mark me dijo que me espabilara y me diera prisa. Pero ya todo empezaba a dar lo mismo."

Hizo una pausa. «Dilex que el Upo tiene una pierna rota. Que venga un helicóptero de evacuación sanitaria. Guárdanos algo de comer.»

Al día siguiente, al bajar por la colina, un muchacho llamado Slocum tropezó con una mina y se destrozó una pierna. «Champion 48. aquí F.cho 4(1. Evacuación sanitaria urgente. Red 788934. Urgente. Repito...»

Al día siguiente, los oficiales decidieron trasladarnos a la cosía. "I odo el camino recibimos fuego de francotiradores. Mi mochila fue alcanzada, las gomas elásticas que sujetaban la antena de la radio se rompieron y la antena de metro ochenta se arrastró por el suelo. Mad Mark me dijo que me espabilara y me diera prisa. Pero ya todo empezaba a dar lo mismo. Andábamos como focos, las cantimploras se vaciaban y nada nos detenía. Al fin llegó la arena, los pinos, una franja de playa milagrosamente blanca, una extensión de agua azul y perfecta: el Mar de la China Meridional al este de My Lai, Si hubiéramos tenido una balsa y valor, aquel océano nos hubiera llevado a casa.

Pusimos centinelas en los pinos y nadamos. Gritábamos y reíamos Las armas y la munición quedaron abandonados en la arena. Nada nos importaba. Nos sumergimos en el agua, saltábamos y jugábamos en ella, empapábamos la cabeza en ella y dábamos manotazos para producir sonidos semejantes al de una mano que rompe un cristal.

* * *

IS.QL. lhKDA: No se trata de un bautismo, por inmersión. Un presunto vietcong es interrogado».

PISA CON CUIDADO

La más temida es la Bouncing Betty (Betty la saltarina). Se trata de una *mina* tómenle, *pero salta de su* nido *en* la tierra y, cuando alcanza la altura prevista, explosiona. Es fiable y mortal. Si se es afortunado, si la mina hace ya días que ha sido colocada y ha estado expuesta a las lluvias, pueden descubrirse sus tres púas emergiendo de la arcilla. Las púas son el detonador de la Bouncing Betty. Al pisarlas, el pobre soldado oirá una explosión sofocada; es la carga inicial que manda la mina a un metro de altura. El soldado da un paso más y está a punto de iniciar el tercero cuando la mina explosiona a su espalda. El soldado está ya muerto. La llamamos «paso y medio».

Más destructivas que la liouncing Betty son las trampas explosivas de granadas de mortero y artillería. Cuelgan de los árboles. Se ocultan en la maleza. Descansan bajo la arena. Esperan por debajo de los suelos húmedos de las cabanas. Nos persiguen. Cliip. mi amigo negro de Orlando, se metió en un seto y desencadenó una explosión con proyectiles de artillería del 105. Murió de un modo tal que, por única vez. era imposible saber su color. Lo envolvimos en una bolsa de plástico, hicimos señales de humo y un helicóptero vino a recogerlo, a Chip. mi amigo. V luego estaba Shorty. un tipo hiperseiisible que estaba tan convencido de que las minas acabarían con él. que desapareció durante un mes. En julio regresó, bromeando pero todavía devorado por el miedo. Un día en que hacía mucho calor, se sentó sobre una trampa de municiones del 155.

ABAJO: *luí vez tlitelu mucho, pero tus amigos están aquí para llevarte a un lugar seguro y para que te concedan una medalla al mérito militar.*

ARRIBA: *En la carretera, el cargamento de un vehículo de transporte de tropas del Ejército de Vietnam del Norte se pudre al sol.*

Cuando se recibe la orden de marchar por lugares como Pinkville o la península de Batangang o el Campo Atlético —llamado así por su lisa extensión de hierba y de plantas de arroz—. cuando se va a poner el pie en estos terrenos, uno reflexiona, Uno sufre alucinaciones, Mira unos metros por delante y se pregunta cómo quedarán sus piernas si en el suelo hay algo más que silicatos y nitrógeno. ¿Será soportable el dolor? ¿Gritaré o me mantendré callado? ¿Me atreveré a mirar mi propio cuerpo, a hacer frente a la roja carne viva y al blanco hueso? l.'no se pregunta si los sanitarios recordarán traer la morfina; si los amigos llorarán, después.

No es fácil superar esta clase de dolor destructivo, pero uno lo intenta. Uno decide ser increíblemente cuidadoso: es la actitud realista y racional. Uno procura intuir dónde está la mina, ¿Pondré el pie sobre aquella roca blanca o en la hierba que crece a su lado? ¿En la zanja de agua o en el arrozal? Uno quisiera ser Tarzán para mecerse en las lianas. Uno intenta pisar sobre las huellas del hombre que le precede, pero desiste cuando aquél le insulta por acercarse demasiado: mejor un muerto que dos.

"Uno camino con los ojos fijos en el suelo, la columna arqueada, temblando, con los hombros encorvados."

Estas tomas de decisión continuas, paso a paso, agobian la mente. Su efecto es a veces la paralización. Cuesta levantarse tras los descansos. Se anda como un hombre de madera, como un soldado de juguete de *fiahes in Toytand* de Víctor Herbert. En contra de la educación recibida de padres y de militares, uno camina con los ojos fijos en el suelo, la columna arqueada, temblando. con los hombros encorvados. Si uno no cae presa de una catatonía total, puede reaccionar como Philip reaccionó el día en que le ordenaron encargarse de uno de sus amigos, víctima de una mina antipersonal. Después, cuando llegó la noche, Philip cavaba como si estuviera loco, sudando, llorando y gritando, Excavó una madriguera de un metro veinte en la arcilla. Se sentó en su interior y se puso a llorar. Todos —sus amigos y los oficiales— permanecieron en silencio y nadie dijo nada. Nadie le consoló hasta bien entrada la noche. Luego, para no hacer ruido, hablamos con él uno a uno, diciéndole que lo comprendíamos y que mañana se encontraría mejor. El capitán dijo que mandaría a Philip a la retaguardia, que le encontraría un trabajo de conductor de camiones o de pintor de verjas.

Muy de vez en cuando hablábamos seriamente acerca de las minas. «Es algo más que miedo lo que roe la mente», dijo un soldado de diecinueve años y con ocho meses en el campo. «Es una combinación absurda de certeza e incertidumbre: la certeza de que uno anda a través de campos minados, pasando junto a las minas día a día; la incertidumbre ante cada movimiento, cuando uno no sabe hacia qué lado inclinar el cuerpo o dónde sentarse. El Vietcong puede hacerlo de tantos modos distintos... Hay tuntas combinaciones, tantos tipos de camuflaje para ocultarlas... Estoy dispuesto a irme a casa.»

Aquel muchacho tenía toda la razón:

La m'tnu antipersonal M-14, apodada «arrancadedos». Puede arrancar parte del pie. Smitty perdió un juego de dedos. Otro muchacho que hoy no es más que un recuerdo impreciso de ojos grises y pelo castaño —sólo estuvo una semana con nosotros—, perdió su talón izquierdo.

La granada entrampada. Imagínese un denso arbusto en el camino. Imagínese también una lata abierta de hojalata colgada

de una rama y dirigida hacia el centro del campo. En el interior de la lata hay una granada de mano sin clavija de seguridad, de tal modo que sólo el borde metálico de la lata impide que el detonador salte y la granada haga explosión, finalmente, la granada está unida a un cable que atraviesa el sendero, a unos, quince centímetros del suelo. Así pues, cuando tu delicado pie acaricie el cable, la granada saltará de su receptáculo, liberando el detonador y creándote problemas para tu futuro.

La J'MH soviética y las minas contracarro chinas. Aunque hayan sido diseñadas para detonar bajo la presión de vehículos pesados, las minas contracarro han destrozado a más de un soldado.

La mina de fragmentación direccional. La mina direccional, de cara cóncava, contiene entre 450 y 800 fragmentos de acero empotrados en una matriz y apoyados por una carga explosiva. La mina está dirigida al itinerario de marcha previsto. Su contrapartida en uniforme, un joven gentil, se agazapa en la jungla junio al camino. Cuando estás a su alcance, él aprieta el detonador electrónico. Los efectos de la mina son parecidos a los de una escopeta del calibre doce disparada a bocajarro. Los manuales de instrucción del Ejército de Estados Unidos describen el equivalente norteamericano de este artefacto: la mina Claymore: "Permitirá una distribución y utilización mayores, sobre todo en las grandes ciudades. Permitirá ahorros considerables en material V logística.» Además, dicen que la mina tiene sangre fría.

ARRIUA: *Soldados norvietnamitas minan una playa.*
IZQUIERDA: *Inspeccionando una trampa del Vicicong. fistos enormes púas salieron disparadas al tropezar con un cable.*

El destructor de coches de acción corrosiva. No es más que una granada sin la clavija de seguridad y el detonador mantenido en su lugar por una goma elástica. Se deposita en el depósito de la gasolina, Esto pueden hacerlo perfectamente muchachitos y hombres de paisano, de pie junto a un coche sin guardia y con un aspecto de inocencia total. Si bien el soldado de Infantería raramente se encuentra con ella, debería dar que pensar al soldado en la retaguardia mientras entrega la ropa recién lavada del general.

En los tres dias transcurridos desde que empecé a escribir esto, las minas y los hombres se han encontrado otras tres veces. Hay siete piernas más en la roja arcilla; y otro brazo, también.

La inmediatez de la última explosión —tres piernas, hace diez minutos— me hizo sentir deseos de quemar la parte central de este informe, frivola descripción de estos artefactos asesinos. Oyeíniit *mi reciente cxvrversjciórr* por f.u/fti *ciertos* c/risiers tópicos parecen ser un cúmulo de medias verdades: «Huérfano 22. habla... habla Yanki *22*... yo, yo. Dos hombres... perdido las piernas... Repito, han perdido las piernas... Pido urgente evacuación sanitaria. Red 711888... Mandad el maldito helicóptero.» Centro de operaciones tácticas: «Llegas distorsionado... ¿Yanki 227 Repite... habla despacio... ¿Necesitáis el helicóptero de evacuación sanitaria?» Pausa. «Aquí Yanki 22... por am... Dios... necesito... cóptero... dos hombres, las piernas...»

Pero dejaré intactas las medias verdades sólo para poder decir otra verdad. No eliminaré el catálogo de minas porque es así como hablamos de ellas, bromeando, frivolamente, con una risa sofocada. Es divertido. Es absurdo.

ir it ir

J. HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *Infantes a bordo de su máquina de la muerte personalizada.*
DERECHA: *Una astilla de un buen palo. George Patton junior, en todo el hijo de su famoso padre: el tipo de oficial serio a quien la tropa respeta y en quien puede confiar.*

Capítulo 4

OFICIALES Y SOLDADOS

JULIO

El capitán Johansen era un orgullo de la nación. Era rubio, meticulosamente justo, valiente, alto, de ojos azules, y un oficial. Dejó la compañía Alfa a finales de junio.

Con la cabeza descubierta y de pie sobre un pequeño montículo. Johansen nos dijo que eramos un buen equipo, que estaba orgulloso de nosotros y que le entristecía que algunos de los hombres hubieran muerto o hubieran quedado mutilados. Hubo una breve ceremonia de cambio de mando. Todos estábamos muy atentos, sintiéndonos como huérfanos ante una adopción. Observamos cómo Andcrson saludaba y daba la mano a nuestro nuevo comandante, un oficial bajo y gordo del ROTC (cuerpo tic instrucción de oficiales de la reserva).

Como el 70 por ciento de los oficiales del entorno, el nuevo capitán era del Sur de Estados Unidos, un hombre de Tennessce llamado Smith, Se puso de pie y nos hizo un discurso estimulante. Quería una unidad buena y recia en el combate. Quería profesionales, dijo, como los que el lerna del batallón pide en grandes letras de oro. Intentó parecer autoritario, pero no lo consiguió. Nadie confía en un oficial de uniforme verde, y si además es bajo y gordo y cree ser un buen soldado, no le queda otro remedio que ser el mismo Patton.

Bajo el mando de Smith. la compañía Alfa regresó a la región de My Lai-My Khe. Era una operación de dos dias, un simple barrido de una ristra de aldeas; acamparíamos por la noche y seguiríamos con otros pueblos al día siguiente. Nos acompañaba una fuerza de orugas, vehículos blindados de transporte de personal, parecidos a los carros de combate pero sin el cañón.

a r r i b a : *También en zona de guerra algunos hombres quieren estar pulcros y aseados, con agua cállenle o sin ella.*

Los helicópteros nos transportaron hasta un arrozal situado al norte de uno de los pueblos de My Khe. Smith tenía la cara roja. Gritaba a todo el mundo y nadie le escuchaba. Nos dijo que tuviéramos cuidado, que nos fijáramos en la línea de árboles.

«Maldita sea. Timmy, nos matarán si nos quedamos aquí. Vosotros. a ver si os separáis. Parece que hayáis estado fumando hierba.»

Luego sonrió como un gordo feliz y dijo que siempre había deseado ser un buen soldado. «Mi padre me decía: Bobhy, aléjate de las mujeres y del alcohol. Alístate en el Ejército, me decía mi padre, Alístate en el Ejército y quédate en él y vivirás hasta los cien anos, Pero, vamos, mantened los ojos abiertos. Los de Inteligencia dicen que este lugar es peligroso.»

"Tenia setenta años y sangraba por todas partes. El personal sanitario la remendó lo mejor que pudo."

Esperamos los orugas. Cuando llegaron, el segundo pelotón se dirigió al pueblo mientras el material pesado ascendía a una colina desde la cual nos cubriría con ametralladoras del calibre cincuenta. La idea era lograr que el enemigo saliera de la aldea para poderlo atacar desde los orugas.

Las primeras aldeas estaban desiertas. Ibamos despacio. Uno de los hombres al frente verificaba el camino con un detector de minas. Era la primera vez que lo usaba, pero, de todos modos, nadie crcia que la cosa funcionara. Con veinte años de metralla en el suelo, los auriculares siempre hacen ruido, haya minas o no. Hurgamos por aquí y por allí, procurando no tocar nada, pero así no se encuentra al Vietcong. Sólo andábamos. Ésta era la orden, el plan, y tratábamos de cumplirla con silencio y con prudencia. La tercera aldea estaba llena de mujeres y niños. Los llevamos al campo de arroz, los orugas descendieron de la colina y fumamos y comimos nuestras raciones mientras el capitán Smith y el comandante de los orugas discutían qué hacer después. Al final decidieron que debíamos llevarnos a los civiles a nuestras posiciones nocturnas, La lógica del asunto era clara: buscábamos a sus maridos y u sus padres, y estaríamos seguros con sus esposas e hijos durmiendo con nosotros. Así pues, cargamos a las mujeres viejas, los niños subieron a bordo y nosotros nos revolvimos en un arrozal pútrido y enfangado. Los orugas formaron un círculo, en cuyo interior chapoteaban los civiles como si ésta no fuera la primera vez. Finalmente se pusieron a dormir.

El capitán Smith estaba junto a la radio. «Muy buena estrategia, ¿eh? En el ROTC nos dan buena instrucción, no es tan malo como dicen. Ji. ji. Aunque, si debo decir la verdad, la instrucción es mala. Debería haber ido a West Point. supongo, pero papá siempre decía que hay que empezar por abajo. Ji. ji Y el ROTC es abajo.» Se detuvo un momento y cambió de tono, poniéndose autoritario: «Llama al cuartel general. Dilcs que ya estamos en nuestra posición nocturna. Sin emboscadas. Cifra el mensaje y diles que nos pondremos en marcha mañana al amanecer.»

Nos pusimos en maveha al amanecer, dejando a los civiles en el barrizal. Smith nos ordenó que registráramos los refugios y asi lo hicimos, arrojando granadas al pasar junto a ellos. Una de las granadas hizo saiir a una vieja de su agujero. Tenía se-

ARRIBA: *Confrontación en la jungla. Un miembro de la 9.ª División de Estadas Unidas interroga a un joven campesino. Esta división fue responsable de más muertes de civiles que cualquier aira unidad.*

lenta años y sangraba por todas partes. El personal sanitario la remendó lo mejor que pudo. Estaba consciente. Miraba como le vendaban el pecho. Le inyectaron morfina. Luego llamamos a un helicóptero de evacuación sanitaria y, cuando llegó, los sanitarios y el soldado que la había herido trataron de ayudarla. Se escurría de sus manos como un pez. Estaba casi muerta, pero se arrastraba, andaba a gatas, intentando volver al refugio. Tuvimos que meterla en el helicóptero, ya que ella no quería entrar. Gritaba constantemente. El vendaje se había aflojado y tenía sangre en el pelo *y* en los ojos. Chillaba, pero el helicóptero se puso en marcha, ascendió y se alejó con ella.

Así acabó la misión. Subimos a los orugas, colgamos las mochilas en los ganchos, nos quitamos los cascos y nos sentamos con las piernas colgando a los lados. Me sentía bien. Amarré la radio a un lado del oruga y me tumbé sobre la espalda para hablar con los otros. Nos alejamos de las aldeas y nos metimos entre los arrozales. Todo estaba empantanado. El barro debía de llegar a la altura de los muslos.

Del pueblo surgieron granadas, propulsadas por cohetes. Explosionaron delante de los primeros orugas.

«¡Disparan! ¡Salid de los orugas inmediatamente!», gritaba el artillero. «¡Salid de aquí, dejadme disparar!»

Luego llegó el fuego de armas portátiles, esparcido en el agua.

Bajamos de los orugas. En el pueblo parecían estar disparando todos a la vez. Vadeamos el barro; era casi imposible moverse. Intentábamos coger las armas y las municiones.

Traté de desatar la radio, apretando mi fusil entre las piernas. La radio no se movía. Llegó otra tanda de granadas y dejamos de disparar mientras chapoleábamos y sudábamos; poco a poco volvimos a hacer fuego.

El arrozal era profundo. Era marrón oscuro y verde y luchábamos en él. Luego los orugas empezaron a moverse hacia nosotros. Era, según supimos más tarde, la maniobra usual cuando los atacaban por detrás: hacían marcha atrás, a toda velocidad.

Nos iban a atropellar. Era imposible moverse, como cuando en una pesadilla las piernas parecen de cemento y no están conectadas por los nervios al cerebro.

Los orugas atropellaron a Paige, arrancándole un pie; también alcanzaron a un teniente, pero éste se acercó a Paige para sacarlo del fango. El barro amortiguó el golpe de Ortez. cuando un oruga le pasó por encima, pero se rompió tina pierna. Pasó cojeando por mi lado, sangrando y sin casco ni ametralladora. Arrojó su cantimplora y su cinturón de municiones. Se detuvo, dio la vuelta y se alejó del oruga, llorando.

TIM PAIGE

ARRIBA: *l-.l lema de encontrar y atacar al enemigo parece hueno. pero en realidad muchos soldados norteamericanos trataron de evitar todo contacto con el enemigo, hasta el punto de redactar informes falsos.*

Otro oruga también atrepelló a un muchacho llamado McKIhancy. No pudo moverse porque llevaba una radio, *y* murió ahogado y aplastado. Los orugas seguían retrocediendo. Los artilleros disparaban contra el pueblo. Otra tanda de granadas cayó en el arrozal. Los orugas y los hombres corrían.

Parecía la batalla de Bull Run. Todos chapoleando y procurando evilar los vehículos. Echamos la munición, los cascos y los cinturones en el arrozal, 1odo el equipo desparramado por doquier. Dejé mi radio colgando en el oruga y traté de alcanzar a la compañía. Finalmente nos detuvimos. Formamos una línea de escaramuza a lo largo de una zanja.

Los orugas se detuvieron ante nosotros.

Smilh se acercó y dijo que quería llamar al cuartel general para que bombardearan el pueblo. Limpió sus gafas y chasqueó la lengua. Me acerqué al oruga y cogí la radio, mientras un radiotelegrafista buscaba la suya en el arrozal. Luego llegaron los reactores y permanecieron duranle veinte minutos. Los vimos tirar napalm.

Los sanitarios dieron morfina a Paige, sentado en el interior de un oruga. Fumaba y no lloró ni sonrió. 1l0 perdió la compostura Sabía que regresaba al mundo: lo demás 1l0 importaba. «¿No duele? Debe de doler terriblemente.» Algunos de los amigos negros de Paige estaban con él, hablando e incluso riendo. «Qué suerte tienes, muchacho. Se acabó la guerra para tí.»

«Vamos, hombre, luma un cigarrillo. Tienes una herida de un millón de dólares. Mañana estarás en casa, no te preocupes.»

Smith metió la cabeza en el interior del vehículo y le dijo a Paige que no se preocupara, que ya estaba llegando un helicóptero. Cuando oí el ruido del rotor, eché humo amarillo en el arrozal. La granada silbó, dejando un pequeño chorro de humo en el aire; luego se hundió. Otro hizo lo mismo con humo rojo. El helicóptero lo vio, y nos pusimos a andar bajo una tormenta de barro llevando a Paige. a Ortcz y algunos otros.

Luego los orugas se colocaron en línea recta y se pusieron en marcha. Nosotros caminábamos entre los monstruos y detrás de ellos, buscando a McKlhancy. El barro nos llegaba a las rodillas y el agua a veces hasta la horcajadura y nos meneábamos como las majorettes del Cuatro de Julio. Cada paso era un martirio. Nadie quería verdaderamente encontrar el cuerpo de Mac. El capitán Smith se rezagó. Un amigo de McElhaney se acercó a pedirme un cigarrillo y luego siguió andando a mi lado. No que-

REX FEATURES

arriba: *Pérdidas civiles. Los cuerpos despedazados y mutilados de inocentes entre los restos retorcidos de un motocarro.*

ría encontrar a su amigo y hablaba de los viejos tiempos, cuando él, yo y Mac éramos los nuevos de ta compañía.

«Nunca pensé que durarías tanto», me dijo. «Y creo que tampoco pensé que Mac saldría con vida. Yo, mierda, me iré a Cliu-l.a¡ para reengancharme a la primera oportunidad. Daré tres años al Ejército sólo para librarme de esto. No exagero. Me voy a reenganchar. Ya no puedo soportar por más tiempo esta mierda.»

Más adelante, alguien encontró a McElhaney bajo medio metro de agua. Había perdido casi toda la sangre. De todos modos, nunca tuvo mucha. Estaba blanco y empapado y cubierto de algas. Algunos hombres lo envolvieron con un poncho. Ni el amigo de Mac ni yo miramos. Nos apoyamos en un oruga y fumamos mirando hacia otra parte.

El capitán Smith se acercó. Bromeó, no fumaba, no prestó ninguna ayuda en el asunto de McElhaney y nos preguntó qué pensábamos de la operación.

«Señor, creo que deberíamos dar la vuelta y alejarnos pronto de estos pueblos. Esta es mi opinión, señor.»

«Muy bien. Timmy, pero soy un oficial. Debemos cumplir las órdenes.»

«Sí. señor, pero si el oficial de campo cree que es mejor que...»

El capitán Smith agitó un dedo en el aire y adquirió una postura cómica, sonriendo como un estúpido, actuando. «Claro. Timmy, casi lo había olvidado. Hablaré con el oficial de los orugas sobre tu idea. Gracias. Timmy; gracias, muchacho.»

Los dos oficiales discutieron y filialmente decidieron entrar en la próxima aldea. Para empezar. Smith ordenó al primer pelotón salir del arrozal y dirigirse a una zona seca, cubriendo el flanco izquierdo. Luego mandó una patrulla del tercer pelotón hacia el flanco derecho, uti canal muy grande, de quizá seis metros de anchura.

Los oruga se pusieron en marcha y las tropas los seguían, muy lentamente. Todos fuimos cogiendo una ametralladora y municiones. Era el material del que nos habíamos deshecho durante la retirada. Recorrimos cincuenta metros.

Luego uno de los soldados de la patrulla del flanco derecho hizo estallar una mina. Fue una gran explosión. Pensé que nos atacaban con mortero. Smith estaba frente a mí. Gritó «¡Disparan!». y los dos nos metimos en el fango y nos hundimos en él.

Empezarnos a oír voces reclamando a los sanilarios, voces apagadas, suaves, temerosas. Luego todos vociferábamos. Un sanitario apareció corriendo, tropezando, sallando a grandes zancadas. Cayó de rodillas y trató de ayudar a los muertos hasta que se dio cuenta de que estaban muertos. Otros soldados del servicio sanitario se acercaron lentamente. Estaban cansados de mojar sus dedos en la sangre.

Los orugas se detuvieron y todos buscamos algún lugar donde sentarnos y esperar. Uno de mis amigos se acercó y me enseñó su cantimplora, en la que un pedazo de metralla había abierto un boquete de unos cinco centímetros.

«No eslá mal, ¿ell?», dijo Barney. Era un soldado muy joven, y estaba más sorprendido que asustado. Esbozó una sonrisa. «¡Qué suerte la mía! Tendré buenas cosas para contar cuando el ave de la libertad me lleve a casa.»

El capitán .Smith se scnló a nuestro lado, en el canal. «La mina me ha hecho un rasguño. Aquí, mira. Parece un medalla.» Me mostró un agujero en la camisa, tan pequeño que parecía obra de una polilla. Mi primera operación y ya obtengo una medalla. Será un buen año, Timmy. Pero hoy he perdido a muchos hombres.»

"El primer pelotón fue atacado inmediatamente. Una granada arrancó de cuajo el testículo izquierdo de un teniente."

La mina mató también a dos exploradores vietnamitas. Cuando llegó el helicóptero de evacuación, cargamos en él a los exploradores muertos y a ocho soldados heridos. En media hora, la compañía Alfa había perdido diecisiete hombres.

Cuando se fue el helicóptero, el capitán Smith y el oficial de los orugas discutieron de nuevo. Nosotros esperábamos sentados en los canales, con el enemigo probablemente cerca, mientras los dos oficiales debatían sobre honor y competencia, Smith decía que el oficial de los orugas debía haberle informado de que tenían la costumbre de hacer marcha alrás cuando los atacaban. «¡Maldita sea!, eslo me va a costar caro», decía Smith, «¿Qué pensará mi comandante? Verá una lista de bajas de un kilómetro, y no es más que mi primera operación. Mi carrera eslá muy comprometida, ahora.» Y el otro oficial juraba y decía que Smith ya debería saber los rudimentos de la guerra con orugas. Masculló algo acerca del ROTC.

Luego discutieron sobre lo que iban a hacer. Las órdenes del cuartel general del batallón eran muy claras. Debíamos registrar la aldea y dirigirnos luego a lina zona a unos pocos kilómetros de ella, donde nos recogerían los helicópteros, finalmente ambos oficiales decidieron abandonar el registro. Los orugas dieron la vuelta. Haríamos un rodeo y dejaríamos que el Vietcong se quedara con el lugar.

Subimos a los orugas, sin dejar el equipo- La columna recorrió diez metros y se detuvo. El oficial de los orugas dijo por radio al capitán Smith que la infantería tenía que apearse c ir a pie, tomando la delantera.

«¿Quieres que caminemos, eh?» Smith sacudió la cabeza. «¿Por qué diablos quieres que caminemos cinco kilómetros?»

«Minas», dijo el otro oficial. «Este lugar está infestado de minas. Deberá ir un hombre al frente con el delector de minas y detrás de él la Iropa en busca de estos malditos artefactos.»

«¡Oh. Dios! ¿Quieres que use a mis hombres para que le localicen las minas? ¿Es eslo lo que quieres?»

«Esto es», contestó el oficial de los orugas a través de la radio. «Hay muchas minas. Tenemos un detector: mejor usarlo.»

«Un detector. No sirve para nada. Con eslo no encontraremos una mina en un millón de años. Si quieres, digo a mis soldados que vayan rodando ante tus orugas para despejar el camino.»

«Mira, sé razonable. ¿Qué ocurrirá si uno de mis orugas se encuentra con una trampa explosiva 105? Nos despedazará por completo.»

«Razonable. ¿Me dices que sea razonable? ¿Quieres que use a mis hombres como detectores de minas? ¿Y qué pasa con las *Uouncing liellies*!!, ¡maldita sea! Si uno de mis soldados tropieza con una *Uouncing Belty*. es hombre muerto Y eslas cosas ni siquiera llegan a rayar un oruga.»

Smilh llamó a sus jefes de pelotón, les explicó el problema y traló de convencerlos de que hicieran lo que decía el oficial de los orugas. Los jefes de pelotón se echaron a reír y dijeron que no lo harían. Smith ya sabía que era una orden estúpida, pero ¿qué podía hacer él? Los jefes de pelotón se alejaron, ignorándole, pero Smith mandó que todo el mundo saltara de los orugas. Nos pusimos en fila, prestos a marchar. Cuando vio quilos jefes de pelotón ponían mala cara y se demoraban. Smilh decidió ir a ver al oficial de los orugas y continuar la discusión. A los diez minutos regresó y nos dijo que volviéramos a subir. El oficial de los orugas estaba cansado de discutir y lodos teníamos prisa por comer caliente. Dimos la espalda al pueblo y nos alejamos.

Después de esta tercera batalla de Bull Run. el capitán Smilh intentó recuperar su liderazgo. pero los tenientes le evitaban corléslmente. Los soldados le ridiculizaban abiertamente. Se decía, medio en serio, medio en broma, que era un hombre inar-

CAMERA PRESS

ARRIBA: *Con los ojos dilatadla por la tensión, un soldado norteamericano ntira en torno antes de echar un trago.*

TIM PAGE

codo. Los soldados negros le odiaban, y decían que era sólo cuestión de tiempo antes de que alguien echara una granada en su madriguera. Nadie quería dormir cerca del capitán Smith.

Su sentido de la orientación era absurdamente malo. Llegábamos tarde a los objetivos. Nunca estaba seguro de donde estaba ni a dónde debía ir. Cuando ordenaba disparar a la artillería para indicar la posición do la compañía, a veces apuntaba hacia una dirección en el cielo diciendo que allí explotaría el proyectil; pero la explosión se producía justamente detrás suyo. Luego hablaba entre dientes y acusaba a sus jefes de pelotón de haberle confundido.

A mediados de julio recibimos la orden de incendiar un pueblo. Los reactores arrojaban toneladas de napalm. Al otro lado había una compañía de soldados enzarzados en una batalla ruidosa y desesperada con el enemigo. Por la radio podíamos oír sus llamadas a los helicópteros de evacuación sanitaria.

"Tenemos dos hombres muy malheridos. Necesitamos urgentemente, repito, urgentemente, un helicóptero de evacuación. Uno de los hombres puede morir. No hoy tiempo que perder."

Aterrizamos, nos dispersamos y nos dirigimos a la población, tíl primer pelotón fue atacado inmediatamente, Una granada arrancó de cuajo el testículo izquierdo de un teniente. l:l ruido constante de los disparos parecía el de una fila de reclutas haciendo prácticas de tiro en l'ort Lewis. Smith vociferó algo al

ARRIBA: *El bjército norvietnamita no tenia reparos con el emblema ile la Cruz Hoja, pero los pilotos de los helicópteros de evacuación sanitaria sorteaban las balas y se llevaban a los heridos.*

tercer pelotón: los soldados echaron a correr, se tumbaron en el suelo y dispararon contra un seto. El fuego cruzado duró cinco minutos Luego recibimos una llamada por radio del primer pelotón. La persona que hablaba decía que su amigo había sido alcanzado y que el ¡efe de su pelotón estaba mutilado.

Llamamos al comandante del batallón, un coronel muy duro que se movía en circuios en su helicóptero dirigiéndolo todo. Le pedimos que descendiera y se llevara a los heridos. El coronel respondió que lo intentaría y preguntó si teníamos alguna zona de aterrizaje segura. Me preguntó dónde estaba el enemigo y si los helicópteros sanitarios eran urgentes. Luego dijo que era mejor que llamáramos al cuartel general y pidiéramos un helicóptero de evacuación normal.

El radioemisor del primer pelotón intervino: «Tenemos dos hombres muy malheridos. Necesitamos urgentemente, repito, urgentemente, un helicóptero de evacuación. Uno de los hombres puede morir. No hay tiempo que perder.» El helicóptero del coronel zumbó poi encima de los árboles, explorando el campo de batalla. Estuvo volando otros cinco minutos y luego volvió a llamar diciendo que pidiéramos un helicóptero de evacuación sanitaria por los canales normales. «¡Maldita sea, no tengo tiempo de hacerlo lodo! Tengo que dirigir esta operación.»

El operador del primer pelotón volvió a intervenir diciendo que su amigo tenia el pecho destrozado y que moriría si no se le atendía inmediatamente.

«Soldado, no interrumpa y llaga sus peticiones a su oficial. Déjeme en paz.»

«Señor...» El operador del primer pelotón hizo una pausa y luego añadió que su oficial estaba inconsciente y perdía mucha sangre.

Los reactores machacaban el pueblo. A cada vuelta, el aire se llenaba de humo. De pronto, otro reactor pasó silbando sobre nuestras cabezas, hacia el pueblo, entre el humo. El humo aumentó. Teníamos que gritar para hacernos oír entre tanto ruido, entre tantos disparos, esperando el helicóptero de salvamento.

Cuando los reactores se fueron y el humo hubo desaparecido, el comandante del batallón descendió y recogió al oficial herido y a un hombre muerto con el pecho destrozado.

Entramos en el pueblo. Había dos vietcong muertos. Una vieja vagaba de un lado a otro, sonriendo. Esto era todo. Cogimos unos papeles de los vietcong y la vieja se alejó.

Hicimos un perímetro alrededor del pueblo. Todos sabíamos que nos iban a atacar con morteros, de modo que excavamos madrigueras profundas. Y montamos puestos de escucha en el mismo pueblo. El lugar estaba lleno de túneles y refugios, y el napalm pudo llo haberlo alcanzado todo. Por la noche, sonaron los morteros. Hirieron a dos de nuestros hombres. Dormimos un poco más. Luego el capitán Smith y otros tres hombres abrieron fuego en el interior del perímetro. Lo que ellos mataron estuvo tendido en el suelo toda la noche. Por la mañana vimos que era un cerdo.

"El capitán Smith y otros tres hombres abrieron fuego en el interior del perímetro... Por la mañana vimos que era un cerdo."

Al día siguiente destruimos con explosivos túneles y refugios antiaéreos. Un trozo de arcilla golpeó a un hombre y le rebanó la nariz. El hombre murió ahogado en su propia sangre. Estaba comiendo jamón y huevos de una lata.

Luego nos dirigimos al campo abierto. Nos detuvimos y descansamos en una colina. Pensando en la seguridad, el capitán mandó una patrulla de seis hombres para que vigilaran la colina desde abajo. Poco después hubo una explosión y yo me puse en contacto con ellos preguntándoles si todo estaba en orden. No recibí respuesta y esperamos. El capitán Smith dijo que no había sido más que un disparo de artillería aislado. Cenamos. Luego uno de los hombres de la patrulla salió cojeando de entre los arbustos, sangrando y sollozando. La patrulla había tropezado con una mina grande. Los otros estaban todavía allí. El personal sanitario trabajó duro con ellos, pero dos estaban muertos, uno había peTdido una pierna y los otros no se podían mover. El comandante del batallón vino a recogerlos con su helicóptero. l'or esta acción obtuvo una Cruz distinguida, una medalla muy importante para los coroneles.

A finales de julio, nos llevaron a la cima de una montaña. Allí había un monasterio, pero los servicios de inteligencia dijeron al capitán Smith que estuviera preparado para un combate. Aterrizamos al lado de una estatua de Buda. y vino un monje a recibirnos. Traía sandía y otra fruta. Pasamos al interior del recinto y caminamos por senderos limpios y bien cuidados, entre jardines y estatuillas.

Kl monje mantenía la cabeza erguida sobre llll cuello que no usaba. Para mirar a la derecha o a la izquierda, giraba todo el tronco. Tenía un cráneo redondo y pelado, cubierto con una piel tersa que parecía cucro curtiéndose al sol y que llegaba hasta su nariz, pequeña y puntiaguda.

Nos enseñó los huertos, con sandías y otras cosas que parecían pepinos. Los senderos eran de color rojo; los edificios, blancos y pulcros. Nos mostró un grupo de niños, la mitad de ellos huérfanos, nos dijo, y la otra mitad abandonados. Se tocó su calva cabeza y rió entre dientes.

El lugar estaba lejos de los escenarios de la guerra; se encontraba al sur de Chu Lai. al norte de Batangang. al este de la carretera Uno, al oeste del mar. Se hallaba situado en la vertiente de una cadena montañosa que producía palmeras, pinos y. en dos huertos, sandías y frutas.

El monje nos indicó dónde excavar madrigueras en su patio. Con gracia, aceptó nuestras raciones enlatadas y permitió que el personal sanitario examinara a los niños. Llegó la noche y el monje penetró en un pequeño edificio, quemó incienso y se fue a dormir.

Hice una guardia, dormí y cuando estaba otra vez de guardia empezó a llover. Abrí una lata de comida en la oscuridad y escuché la radio. Llamaron e informaron de cierto movimiento en las laderas de la montaña. Unos soldados arrojaron granadas al lugar indicado. Hicieron explotar una mina Claymore. Sus setecientas grageas de acero pasaron entre los arbustos y llegaron hasta el patio, donde arrancaron fragmentos de piedra blanca del vientre de Buda. Éste llo protestó, como tampoco lo hizo el monje cuando nos fuimos por la mañana.

A principios de agosto, el capitán Smith lúe relevado del mando de la compañía Alfa. Otro oficial, también sureño, se hizo cargo de la compañía. No hacía más de una hora que tenía el mando cuando nos ordenó marchar por un campo minado. Enseguida tuvieron que venir los helicópteros para recoger a un muerto, llamado Rodríguez, y a un mutilado, llamado Martínez. Eran dos latinoamericanos que pasaban largos ratos juntos, haciéndose fotografías uno al otro con el fusil en brazos.

Pero cuando esto ocurrió yo estaba en Chu Lai en busca de otro destino. El capitán Smith, tal vez sintiéndose culpable de no haber cumplido una promesa que me hizo de encontrarme un puesto en la retaguardia, me había dado un permiso de tres días. Me deseó suerte. Yo me pascaba por las arenas de Chu Lai, enseñando mis cartas de recomendación del capitán Johansen y del sargento primero de la compañía Alfa, con la esperanza de que alguien llle llevara consigo. Pero el Ejército está lleno de mecanógrafos mediocres. Yo no sabía ni cambiar una llanta, y. por otra parte, nadie quiere a llll soldado de Infantería cansado. No recibí ninguna oferta y regresé a la compañía Alfa.

"Contestan, se enojan, haraganean, se fingen enfermos, fuman porros. Se reúnen, gritan y se cagan en el sistema."

La única obsesión de un soldado de Infantería en Vietnam es la tentadora esperanza de que le asignen un puesto en la retaguardia. Cualquier cosa que le mantenga alejado del campo de batalla, ya sea cargar helicópteros, quemar basura o lavar la ropa del coronel.

A diferencia del deseo sofocado y distante de regresar vivo al mundo, el afán de conseguir un trabajo en la retaguardia no está dominado por ninguna pasión inalcanzable e irrealista. Está ahí, al alcance de la mano. Uno observa a los elegidos salir de un arrozal y cargar su equipo en un helicóptero, sonriendo y haciendo el signo de la paz. Queda conmiseración hacia uno mismo, soledad envidiosa, cuando se han ido.

Los soldados se sirven de mil estrategias para ir a la retaguardia. Algunos se disparan en el pie o en los dedos de la mano, procurando no hacer ningún destrozo. Otros fingen enfermedades, esperando pasar un tiempo en la retaguardia, esperando conseguir algo. Sé de uno que tenía una ficha con las fechas en que cada uno de los soldados de la retaguardia debía irse de Victnam. Cuando se acercaba uno de estos días, enviaba una solicitud del puesto que iba a quedar vacante.

Pero el mejor camino hacia la retaguardia, el único medio de confianza, es lamer delicadamente el culo de un oficial. Preferiblemente del comandante de la compañía. Si le caes bien a un oficial, si él cree que eres de su raza, entonces eres un candidato a la salvación. Pero lograrlo no es fácil: hay que hacer gala de mucho valor, de humor malsano y de un constante autodominio.

Para los negros, el camino es muy duro. Para empezar, el cuerpo de oficiales está dominado por hombres blancos, mientras que el cuerpo de los soldados de Infantería, de los soldados rasos, es desproporciona luiente negro. Ahí están los viejos elementos de la tensión racial: miedos, odios, desconfianzas. Y está también el hecho puro y simple de que la vida está en juego. No la propiedad, o un buen trabajo, o la aceptación social. Se trata de sobrevivir.

Ante la sospecha o la realidad de que los oficiales blancos dan los puestos de retaguardia u los soldados blancos, muchos negros reaccionan como lo haría cualquier persona normal. Están de mal humor, contestan, se enojan, haraganean, se fingen enfermos, fuman porros. Se reúnen, gritan y se cagan en el sistema.

A11AJO: *«Si muero en zona tic combate... ponme en la caja y mándame a cana.» Pero el enemigo se quedaba en el tugar donde caía.*

CAMLHA PBESS

usabmy

ARRIBA: *Soy Iun bajo, que pinina pasar par debajo de la puerta. Y si algún vietcong no está de acuerdo, puede discutirlo con mi M-60. Nadie me va a impedir volver a casa.*

Y esto alimenta el problema. Excusándose en la insubordinación de los negros, los oficiales dan los buenos trabajos a los blancos. Asi se inicia un nuevo ciclo, peor que el anterior.

En la compañía Alfa, el fenómeno llegó a un punto en que el círculo giraba tan velozmente, con tañía fuerza centrífuga, que al final se rompió.

El sargento primero de Alta era odiado por los negros. Los puestos en la retaguardia, decían, son iodos para los blancos, y ellos decidieron hacer algo al respecto. «El maldito sargento primero es el responsable», dijeron. «Y más pronto o más tarde lo pagará.»

Un dia en que perdimos cuatro hombres, el sargento primero cogió sus pertrechos, subió a un helicóptero y vino a reunirse con nosotros, hra un hombre alto e impurcial. Parecía odiar Vietnam lanío como los demás. Su unidad de la Guardia Nacional fue mobilizada, y él fue arrancado de su lugar y de sus amigos como iodos nosotros, por razones políticas y circunstanciales. La noche en que llegó fuimos atacados con morteros. Él se arrastró con las manos y los pies como los demás. Para ser justo, debo decir que el sargento primero no era tal vez un líder, pero era silencioso y útil.

Por la mañana nos pusimos a registrar pueblos: registramos

dos o tres. Cruzábamos un gran arrozal. La compañía formaba una columna larga y espaciada. El sargento primero, quizá con la intención de mostrarnos que tenia agallas y podía dominar la situación, marchaba al frente con el comandante de la compañía y otros oficiales. Nos movimos lentamente.

Yo observaba al sargento primero. Pegó un salto atrás y sus muslos se cubrieron de una nube de humo rojo. Se detuvo y quedó inmóvil ante la breve explosión. No dijo nada. Dio tres pasos, como si intentara alejarse de la metralla y del ruido. I.ucgo sus piernas parecieron desintegrarse bajo su cuerpo y cayó pesadamente de espaldas. La mina había explotado justo debajo de el. Nadie sintió una pérdida especial cuando el helicóptero se lo llevó.

Aquella noche excavamos madrigueras y calentamos las raciones de comida. Hacía calor y, en vez de acostarme inmediatamente, me senté con un amigo negro y le acompañé en su guardia. Me dijo que uno de los negros se había encargado del sargento primero. Era una carga de M-79. procedente de un lan/agrauadas. Aunque sólo se pretendía asustar al sargento, me dijo, los negros no lloraban por lo sucedido. Me rodeó con su brazo y me dijo que así es como hay que tratar a los blancos algunas veces.

A las dos semanas, llegó un nuevo sargento negro a la compañía Alfa.

Salvo una o dos excepciones, todos los hombres de la compañía Alfa deseaban silenciosa y desesperadamente un puesto en la retaguardia. La desesperación estaba siempre presente. Caminando bajo el sol, esperando suministros, haciendo guardias de noche y escribiendo cartas de amor, pensábamos en todos los trabajos que esperaban en la retaguardia y hablábamos de ellos. No éramos todos cobardes. Pero no nos habíamos comprometido. ni resignado, a tener que ganar ninguna guerra.

«Aceptaría todo lo que me ofrecieran», decía Barney. «Quitaría mierda durante el día y lomaría un poco de cerveza por la noche sin una queja. Que me manden a Chu Lai. aunque sea para empaquetar cadáveres. Me ocuparé de los cadáveres ensangrentados y de lo que sea. Pero que me den el trabajo: esto es lo que importa.»

Bates y yo hacíamos la guardia juntos algunas noches. «Cuando aquella mina se cargó a Chip y Tom, yo ya no pude más. Hasta entonces. Nam me había parecido sólo una especie de juego un poco violento, nada más. Y yo no estaba cuando sucedió. Me encontraba escuchando la radio. Pero, maldita sea, la mina explotó. Yo los conocía a los dos. Cogería cualquier trabajo en la retaguardia, cualquier cosa.»

"Se ponia el sol, comíamos, fumábamos un poco, jugábamos, y a las diez recibíamos fuego de morteros."

Así pues, con el resto de la compañía Alfa segui al nuevo comandante durante el mes de agosto, esperando ser mandado a la retaguardia y tratando con disimulo de evitar la muerte. Era raro. No éramos los viejos soldados de la segunda guerra mundial. No había nadie que escribiera un «Diario de Guadalcanal». ni había razón alguna para hacerlo. No había valor para derrochar en cosas como patria, honor u objetivos militares, lodo el valor de agosto era el que nno descubre al despertar en la mañana y saber que tendrá un mal día. El viejo aforismo de Horacio. «Dulce et decorum esl pro patria morí», no era más que un epitafio para dementes.

Alfa pasó la mayor parte de agosto en una achaparrada colina al norte de Pinkville. Era un antrguo campo de maíz, un lugar cálido y polvoriento y sin árboles. Patrullábamos de día. y de noche nos atacaban con morteros. Era una especie de ritual. Se ponía el sol. comíamos, fumábamos un poco, jugábamos, y a las diez recibíamos fuego de morteros.

Era difícil conseguir una madriguera decente en aquel campo de maíz cuyo suelo parecía de yeso. Las paredes se desmoronaban, Al final, decidimos excavar trincheras de poca anchura y tumbarnos en ellas, medio dormidos, hablando y esperando a que acabara el bombardeo.

Todo estaba tan bien coordinado y cronometrado que lodos orinábamos durante la primera hora después de la puesta del sol para no tener que estar de pie cuando empezaran las explosiones Nadie fue herido durante las sesiones nocturnas, peto eran frustrantes. Atacaban nuestra colina con proyectiles de 82 mm durante veinte segundos; luego recogían *y* se iban a casa. Llamábamos a los artilleros y les respondíamos con fuego de mortero, pero siempre era demasiado tarde. Era casi mejor acomodarse en las trincheras y echarse a dormir.

A pesar de los ataques de las l(l de la noche y del calor y el polvo de la colina, el mes de agosto no fue tan malo. Nadie murió y pocos fueron heridos de consideración. Insolaciones y ampollas, nada más. Fue casi un milagro, porque, cada noche, tumbados en las trincheras, oíamos la metralla clavarse en los setos y los arbustos y veíamos los cráteres de los impactos a unos metros de donde estábamos.

"Nuestro personal sanitario se ocupó de él, pero estaba claro que iba a morir. Empezamos a talar un árbol para que el helicóptero de evacuación sanitaria pudiera aterrizar. Luego el hombre murió,"

Los helicópteros de abastecimiento nos traían las raciones diariamente. Nos tragábamos cajas de cerveza y refrescos. La moral era alta: estábamos en un mal lugar, pero no habia heridos y esto era una bendición. Nada podía salir mal. Al amanecer, una patrulla encontró dos vietcong en un refugio. El comandante de la compañía y un teniente arrojaron granadas y vaciaron varios cargadores de M-Ifi en el agujero. Luego echaron más granadas y efectuaron más disparos. El refugio estaba lleno de humo. Cesó el fuego y nuestro explotador vietnamita preguntó si querían rendirse. Los vietcong sacaron un rifle. Unos soldados se acercaron y tiraron de él. Uno de los dos vietcong. un muchacho acribillado, estaba muerto. El otro era mayor, y estaba casi muerto. Echaba sangre por la baca y por otros lugares donde le había herido la metralla. I lablaba con el explorador pidiendo que le perdonáramos la vida Nuestro personal sanitario se ocupó de él. pero estaba claro que iba a morir. Empezamos a talar un árbol para que el helicóptero de evacuación sanitaria pudiera aterrizar. Luego el hombre murió. Lo dejamos allí, tumbado en el suelo. Habia gallinas picando en el polvo a su lado cuando nos fuimos.

De vuelta al campo de maíz, el explorador examinaba los pa-

peles de los muertos. «Aquel vietcong era el jefe del distrito», dijo. «Un bastardo importante.»

«¿En serio?», dijo el comandante de la compañía, con una gran sonrisa. «Hemos cogido a un jefe vietcong de distrito. Acabamos de liquidar a un pez gordo.»

El comandante de la compañía estaba satisfecho. Llamó al cuartel general del batallón y dio la noticia. Aquella noche nos quedamos hablando en la colina, felicitándonos de ser unos soldados tan duros, eficientes y letales. Pero a medida que pasaba el tiempo íbamos reconociendo que lodo había sido cuestión de suerte. Y a las diez volvieron a atacarnos con morteros.

A finales de agosto, los helicópteros trasladaron la compañía Alfa a otra colina, esta vez en la costa del Mar de la China Meridional. Se estaba construyendo un campo de refugiados y nuestra labor consistía en vigilar a los civiles que limpiaban el suelo y montaban las cabañas. Aunque el lugar estaba a poco más de un kilómetro del campo de maíz, no nos atacaron, excepción hecha de algún francotirador ocasional. Fueron, de hecho, unas vacaciones.

Precisamente allí, junto al mar, conseguí mi trabajo en la retaguardia. En el cuartel general del batallón necesitaban un mecanógrafo, y me querían a mí. Aquella noche excavé una madriguera de casi dos metros de profundidad: 110 quería correr riesgos. ¡Hubiera sido terrible ser herido precisamente en la vigilia de mi traslado! Por la mañana. Burney vino a despertarme y me dijo que tenía mucha suerte. Fuimos a la playa, nadamos, esquivamos algunos disparos de un francotirador y metí mi equipo en el helicóptero. Se acabó.

* * *

ABAJO: *Soldados norteamericanos disparan con sus M-16 contra un enemigo(x) invisible, escondido en la jungla.*

CORAZONES Y MENTES

Chieu Hoi, un explorador de la compañía Cliarlie, entró en el edificio del cuartel general y permaneció en un rincón, esperando. hasta que un capitán se fijó en él. Luego dijo: ..Señor, mi hija está enferma. Está en Tam Ky. a treinta y cinco kilómetros de aquí. Necesito un permiso de tres dias para ir a verla.»

El capitán dijo: «¿Se ha puesto enferma precisamente ahora'.' ¿O tal vez cienes miedo de salir mañana con la compañía Charlie? ¿Cómo es que tu hija se pone enferma cuando la compañía Charlie tiene que salir?»

Lentamente y con voz baja. Chieu lloi insistió: «Está enferma.»

El capitán se acomodó en su silla y dijo: «Mira, eres un hombre valioso para nosotros. Sabes cosas que nosotros, los soldados, 1l0 sabemos; lo sabes todo sobre minas y trampas, cómo descubrirlas sin perder las piernas. ¿No? Un hombre como tú puede detectar emboscadas a tiempo y salvar vidas. Te necesitamos. Se te paga para que salgas mañana, no para ir de permiso.»

Humillado, Chieu Hoi dijo: «No, señor. La niña está enferma.»

«Oye», dijo el capitán, harto y terminante. «¿Qué hago yo cuando mi hija se pone enferma? Mi mujer y mis hijos están a miles de kilómetros de. distancia. La niña se pone enferma y mi mujer la lleva al medico, esto es todo. O va a la farmacia y compra unas pastillas. Nada más. Asi son las cosas. Pero yo no me subo al primer avión cuando me dicen que mi hija tiene fiebre.»

Chieu Hoi dijo: «No hay muchos médicos aquí. Mi esposa está asustada.»

«Ya está bien», dijo el capitán. «Esta es vuestra maldita guerra. Yo estoy aquí para luchar con vosotros y ayudaros, y lo haré. Pero tú también tienes que sacrificarte. Dime cómo se ganará esta guerra si tú y los demás salís corriendo cuando las cosas se ponen dificiles. ¿Cómo? Tú eres un ex vietcong, tú sabes cómo piensan ellos, dónde se esconden. Si yo he venido aquí y arriesgo mis cojoues, ¿no tendrías también tú que componértelas como los demás?

Chieu Hoi respondió: «.Usted estará aquí un año. Yo he estado en guerra miles de millones de años. Y lo estaré miles de millones más.» Estaba azorado, pero 1l0 muy inquieto. Miró a otra persona en la oficina, en busca de ayuda. El amor propio se resiente cuando se pide un favor. También se sufre cuando alguien sospecha que uno es un cobarde.

> "Un hombre como tú puede detectar emboscadas a tiempo y salvar vidas. Te necesitamos. Se te paga para que salgas mañana."

«Vamos, mira, de verdad quiero ayudarte», dijo el capitán. «Pero yo soy un soldado, y tú también, como lo son todos los que están aquí. Sacrificio, este es nuestro juego ¿Por qué no salir con la compañía Charlie? Toma un par de cervezas. Tu niña se pondrá bien.»

«La niña está muy enferma, quizá morirá. Mi esposa está asustada.»

«Los soldados de la Charlie también están asustados. Tal vez puedas salvar a alguno. Tú no puedes hacer nada por la niña.»

«Me odian. Los soldados de la compañía Charlie me odian.»

«Ah. Ya hemos dado en el clavo. ¿Y por qué te odian?»

«Porque soy un ex vietcong.»

«Pero tú les salvas el culo y ellos han de apreciarte por ello», dijo el capitán. «Mira, si haces bien tu trabajo y los ayudas, ellos te tratarán bien. Gánate su respeto. La compañía Charlie llegará a quererte. Y tu niña también se pondrá bien.»

Chieu Hoi masculló: «Hsto no sucederá nunca», y se marchó. Salió por la puerta principal y el mismo día desertó.

* * *

ni. VALOR ES ALGO QUE HAY QUE CONSERVAR

El mayor Callicles parecía un ex campeón de pesos medios. Tenía una cabeza como una granada del l(l5 aplastada, un cuello grueso y moreno, pelo erizado, ojos inyectados en sangre y sen-lía desprecio por los ingenuos. Fra el oficial ejecutivo del batallón. el segundo en el mando Se vanagloriaba de haber empezado corno suboficial y de que. a base de disciplina, había llegado a oficial, sin pasar por West I'oint y siguiendo el camino difícil.

Con su torso de barril -con duelas y cerveza y todo— era un último y desafiante campeón del militarismo rígido y firme. Enumeraba sus odios en orden bien preciso: bigotes y patillas largas, prostitutas y drogas. Y dado que los cuatro estaban, tácita y explícitamente, permitidos en Vielnam. albergaba un odio no públicamente manifestado por la nueva e insidiosa tolerancia que infectaba el Ejército.

Los bigotes y las patillas, aunque estaban autorizados por el nuevo reglamento, pronto fueron prohibidos en nuestra unidad.

Después venía la prostitución, que consideraba una especie de ultraje personal. Había un prostíbulo floreciente a las puertas mismas de Galor, una de las bases del batallón, y mascullaba que lo liaría desaparecer.

En cuanto a la droga, finalmente, se comportaba como un agente del FBI. y perseguía a los transgresores con el cclo de un tribunal de la Inquisición.

«Agallas», decía. «Este Ejército necesita agallas. Fl soldado Joe se lia vuelto maricón. O'Bricn, encuéntrame un soldado con agallas y podrás ocupar mi puesto.» Encorvaba los hombros, mantenía rígidas las piernas, cogía el cigarrillo como si fuera un lápiz y giraba para mirarme con un solo ojo. ceñudo y bizqueando.

> "Este batallón es uno entre cientos, Y han tenido que fijarse en nosotros. Hay mil millones de hediondos My Lai 4 y nos señalan sólo a nosotros."

Tres meses después de que el mayor Callicles tomara el mando. *Time. Newsweek* y todos los medios de información con corresponsales en Vietnam pregonaron la masacre de My Lai.

La masacre ocurrió en marzo de 196K. un año antes de que yo llegara a Vietnam y algo más de año y medio antes de que el mayor Callicles ocupara su puesto de ejecutivo: mucho antes de que nuestro batallón tomara posesión del área de operaciones de Pinkville-My Lai, relevando a la ll." brigada del teniente Callcy. Pero el mayor Callicles cargó sobre sí todo el asunto de My Lai. No podía dormir. Perdió todo interés por la droga y las prostitutas, y en su cara gruesa y morena emergieron venas rojas que sangraban con el dolor de My Lai. Como el mejor abogado defensor, asumió la carga de defender y justificar y negar, con una serie de argumentaciones imperiosas y contradictorias.

Al principio culpaba a la prensa. «Oh, estos imbéciles, ¿no le creerás toda esta mierda? Despierta. O Brien. Debes buscar lo que está debajo: las razones comerciales. listos malditos tipos tienen que vender su mierda, ¿no? Y lo que hacen es mezclar las dos grandes cosas de esta cultura hippie: a la gente le gusta el escándalo y odia a los militares, sin saber lo que les conviene. Así que hurgan por aquí y por allá V eligen My Lai 4. Demonios, ocurrió hace ya más de un ano, ya se acabó, y ellos ponen en marcha su máquina de periodismo amarillo. Venden un millón de ejemplares de *Time* y de *Newsweek* y los anunciantes pican y el Ejército es el perdedor. Todos los demás gastando saliva y recogiendo dólares.»

Pero para Callicles el asunto era más que un escándalo: era un golpe directo a su persona. «Por Dios. O'Bricn, yo soy uno entre cientos de oficiales ejecutivos en Nam. Este batallón es uno entre cientos. Y han tenido que fijarse en nosotros. Hay mil millones de hediondos My Lai 4 y nos señalan sólo a nosotros.»

Cuando llegaron los periodistas de Rcuter, AP, CBS. ABC. UPI y NBC, Callicles los llevó a su pequeña oficina y repitió las mismas muecas, la misma mirada con un solo ojo inyectado en sangre, el mismo argumento de que se servía en privado. «Miren, Yo creía que la prensa era liberal. Tal vez yo no sea un liberal, pero sé algo de eso. Nunca fui a la universidad, pero se leer y sé también que la prensa no debería luzgar a un hombre. Para ello tenemos jueces y jurados, ellos son quienes juzgan, es la ley. Esto es liberal, ¿no es cierto? Esperen un momento. ¿No es esto lo que los liberales dicen? No deben insinuar que ha habido culpa hasta que estén en el palacio de justicia y

ARRIBA: *Mayor que su edad, este muchacho explorador mira impasible hacia un futuro incierto.*

las pruebas estén listas y haya un juez y un juzgado y un taquígrafo que tome nota de todo.»

Un periodista objetó que la prensa se había limitado a publicar los testimonios de otros soldados, de ex combatientes.

«No los creerán, supongo. Un tipejo se pone a chillar y todo el mundo corrc a montar un escándalo nacional. Tratamos de ganar una guerra y ¿que diablos creen que es una guerra? ¿No orcen que también mueren algunos civiles:' ¿Ha estado alguna vez en My Lai'.' Bien, yo se lo explicaré: estos civiles —ustedes los llaman civiles— matan soldados norteamericanos. Entierran minas y espían y disparan emboscados y nos matan. Ustedes toman fotografías en color de niños muertos, pero ¿y los vivos? Tomen fotografías de los vivos mientras entierran una mina.»

Un periodista preguntó si 1l0 había diferencia entre mular aquellos que uno sabe que son enemigos y asesinar a un centenar de personas cuando nadie, dispara y no hay modo de distinguir al que entierra minas del inocente.

«Veamos, maldita sea. La diferencia es entre guerra y paz», dijo Callicles. «Esto de aquí es la guerra. ¿Sabes ustedes algo de la guerra? Lo que se hace en la guerra es matar. El piloto de un bombardero achicharra a civiles; quizá no los vea, pero bien que lo sabe. Claro, él sólo vuela, deja caer su carga y regresa. toma una cerveza y ve una película. I'ero respondan a esto: ¿En qué guerra los civiles están seguros? Díganme una. No pueden, y la razón es que la guerra es brutal, que los civiles también sufren en ella. Son como soldados sin armas; si son tontos, mueren; si son listos, huyen, se esconden y sobreviven.» Callicles escupía sus palabras como si fueran gusanos.

Otro periodista preguntó si no existía diferencia entre la matanza involuntaria de civiles desde el aire, cuando es imposible diferenciar unos de otros, y la matanza voluntaria de personas individuales, una a una. a unos metros de distancia, apuntando a una zanja llena de gente desarmada y desesperada.

Callicles dio un bufido y dijo al periodista que preguntara a los muertos si había alguna diferencia, entre morir de un modo o de otro.

«Tal vez los muertos no puedan ver la diferencia», dijo el periodista, «pero la ley sí. La culpa, ¿no tiene que ver con la intencionalidad?»

«Vamos», dijo Callicles. «Los llevaré allí y juzgarán ustedes por sí mismos. Esto es la guerra y el enemigo vive en My Lai. podrán verlo con sus propios ojos.»

"¡Suponer, suponer! Cuando uno entra en My Lai supone lo peor. Cuando uno entra en My Lai, mierda, saben, uno supone que todos son vietcong."

El mayor Callicles acompañó a grupos de periodistas a My Lai 4. volando con ellos sobre la aldea y mostrándoles el malsano lugar: blancos montículos que eran tumbas: un montón de cabanas que parecían haber estado allí mil años, iguales todas en miseria y con una clase de permanencia que las hacía parecer excrecencias de la tierra, carentes de toda vida; manchas densas de color verde oscuro donde la tierra se hundía: cráteres de color marrón donde alcanzó la artillería. Incluso a la clara luz de media mañana el lugar se veía de un gris monótono desde el aire. Los ojos sólo podían fijarse unos segundos en este lugar: luego se dirigían hacia el este, hacia el mar azul.

ARRIBA: *El espectáculo sigue. Un corresponsal de televisión, herido en un encuentro, es filmado por su colega.*

El escándalo de My Lai no se desvaneció. Al mayor Callicles se le encargó guarnecer el puesto con una fuerza especial, con vistas a la llegada del general Peers, el teniente Calley y el equipo de investigación. Callicles se enfrascó en la tarea, buscando minas, marcando los caminos seguros de cintas blancas y excavando posiciones defensivas. Obsesionado con lo que estaba haciendo, empezó a beber más de lo usual.

La investigación concluyó y el mayor Callicles recibió una carta de encomio. La leyó apresuradamente, esbozó una sonrisa amarga y la echó al cesto de los papeles. Pasaba más tiempo que nunca en el club de oficiales de Cator. jugando al póquer y bebiendo. Después iba a su oficina y discutía con nosotros.

«¿Oué quieren cuando envían a los hombres a luchar aquí?», preguntaba, gruñendo.

«Ouc destruyan al enemigo.»

«Sí, sí. ya sé. Pero qué quieren entonces cuando el enemigo tiene diez años o grandes tetas, niños y mujeres, ya sabéis. ¿Oué se hace entonces? ¿Oué se hace si ellos son el enemigo?»

«Bueno, se los mata o se los hace prisioneros, señor. Pero solo en caso de que estén combatiendo, señor. En parte es una guerra civil, y aunque algunos de ellos procedan de Vietnam del Norte, tienen la misma cara que los survietnamitas. Así pues, usted debe suponer...»

«¡Suponer, suponer! Cuando uno entra en My Lai supone lo peor. Cuando uno entra en My Lai. mierda, saben, uno supone que todos son vietcong. Vietcong con grandes tetas e inocentes ojos infantiles. Maldita sea. todos son vietcong, deberían saberlo. Tendrás un título universitario, pero, por amor de Dios, esto 1l0 significa que no debas creer lo que ven tus ojos y si lo que dice algún piojoso libro. Tú has estado allí, por amor de Dios.

«Pero, señor, la ley dice que no se puede matar a civiles. Nos lo han enseñado incluso en el Ejército, pin amor de Dios.»

«Claro que matar civiles es una equivocación. Pero estos llamados civiles son asesinos. Guerreros femeninos. Mujeres espiando en los arrozales.»

•'Pero, con esta filosofía, usfed debería cargarse a todos los civiles de Vietnam, a todos. Es decir, ¿cómo sabe usted que éste es un vietcong y aquél otro también? 'l odos tienen el mismo aspecto, llevan pijamas negros, trabajan en los arrozales y nos venden coca-colas. Diablos, según eslo. deberíamos acercarnos a N'ouc Man. este pueblecito de al lado, y matarlos a todos.»

«Esto es ridiculo, Exageras el argumento,»

«Keductio ad absurdwn. Extensión lógica, señor...

«Tonterías, Nouc Man no es My Lai, y lú lo sabes. No es un maldito campo minado; los niños de \ouc Man no van por ahí tendiéndonos trampas explosivas o espiándonos.»

«Eslo no es más que una suposición. ¿Quién sabe? Toda la aldea podría ser vielcong. Seríamos los últimos en saberlo. Pero lo esencial es. señor, que no podemos decir que aquellos niños de dos años enterraban minas en My l.ai, ni asegurar que aquellas mujeres muertas espiaban al teniente Calley. Vamos, ¿cómo lo demuestra usted? ¿O no es necesario demostrarlo?»

«Mira», dijo Callicles. «¿no te das cuenta de que estamos aquí para ganar la guerra? ¿Es tan difícil comprenderlo: ganar la guerra e irnos a casa? Yo quiero irme, tú quieres irte, el general Abrams quiere volver de nuevo al mundo. Pero con los comunistas haciendo cosas como las que hacen en Hue —matar y extorsionar, robar arroz y sacar dinero de todo el mundo— y viviendo en Pinkville, viviendo realmente allí, comiendo, durmiendo y fabricando minas... Tenemos que ir tras ellos. Dime de una guerra...»

Una vez concluida la investigación de My Lai. el mayor Callicles volvió a dirigir su atención a las prostitutas y a los fumadores de marihuana, al parecer con la esperanza de que el Ejército recuperara el profesionalismo de la Segunda Guerra Mundial. «Profesionalismo», por lo menos, es la palabra que más usaba. Pero lo que quería y lo que buscaba furiosamente era volver al antiguo orden, y el antiguo orden, con sus cortes de pelo al rape, sus caras lisas y sus cigarrillos de tabaco, 110 era probablemente más profesional que el nuevo orden. Callicles llegó a creer finalmente que la masacre de My l.ai ocurrió tal como *Newsweek* la refería, pero que la causa de ello estaba en la marihuana, las prostitutas y el pelo largo, síntomas lodos de falla de disciplina. Esto estaba en contradicción con sus anteriores argumentos, desde luego; pero era lo que creía. De ahí que hiciera su cruzada.

* * *

ABAJO: *Los horrores de la ¡-tierra. Soldados norvietnamitas muertos, tirados entre los escombros, en medio de la indiferencia de alf-itnos transeúntes.*

¿NO NOS CONOCEMOS?

El aire eslá inmóvil, cálido. Cae la noche. Sólo las estrellas más brillantes han salido. La cruz del sur se ve parcialmente.

Se abre un túnel largo y estéril, un hombre enrolla la puerta y andamos con cuidado sobre una lámina de alquitrán. Subimos dieciocho escalones.

El avión huele y parece artificial. La azafata, con su sonrisa fría y su aburrimiento, no comprende. Es enfurecedor. porque uno tiene la impresión de que no quiere comprender.

FI avión parece esterilizado. Los asientos de tela verde son un confort barato, nada que ver con dormir en verdadero confort en la cumbre de la montaña más alta del mundo, tras haberla conquistado. Demasiado fácil. No hay gozo en la partida. No hay nada que saborear con los ojos o con el corazón.

Cuando el avión despega, todos se unen en un grito ritual, vaciando los pulmones en la feliz caverna de los vencedores, procurando extraer el mayor dramatismo de la huida de Vietnam.

Pero el esfuerzo hace que el dramatismo sea artificial. Tratas de fabricar tu propio drama, recordando cómo prometiste saborear la partida. Te mantienes aislado. Es lo mismo, precisamente lo mismo, que la llegada: una horda de extraños vomitando sus emociones y esperando que las compartas con ellos. La azafata sale de la cabina, rociando el aire presurizado. limpio, filtrado, matando mosquitos y enfermedades desconocidas, protegiéndose a sí misma y a los Estados Unidos de los males asiáticos, limpiándonos para siempre.

La azafata es un ser extraño. No es Hermes. no es un guía. Ni siquiera es excitante. Es tan despreocupada, hermosa y sublime como una novia de dieciséis años.

Su pelo es rubio; deben de querer sólo rubias en las salidas de Vietnam: rubia, ojos azules, piernas largas, de pechos normales tirando a grandes. Es para decirnos que lo hemos hecho bien, que América nos quiere, que aquí está lo que echamos de menos; pero ved para qué sirve: mi novia era rubia, de ojos azules y largas piernas, silenciosa y serena, y hablaba buen inglés. La azafata no hace otra cosa que rociar y sonreír, sonriendo mientras nos rocía para purificarnos, rociando mientras nos sonríe para darnos la bienvenida. Pregunta: ¿Se rocían también los ataúdes? ¿Le importa que yo no quiera ser esterilizado? ¿Dejaría de hacerlo?

"¿Qué clase de guerra es ésta, que empieza y termina de este modo, con una chica bonita, asientos acolchados y revistas?"

Esperas que podrás echar una mirada a tierra por última vez. Lo intentas y miras por la ventanilla. Parte de un ala, con una luz roja al final. La ventanilla refleja la luz de la cabina. No puede verse la oscuridad de fuera, ni una sombra de tierra, ni el firmamento. Vietnam. con sus pequeños pueblos y sus campos de arroz y arcilla roja, es invisible. Y es la tierra de la cual quieres despedirte. Los soldados nunca te han conocido. Tú nunca conociste a los vietnamitas. Pero la tierra, podrías sacar una palada de ella, observar su humedad y su matiz de rojo, y cavar en ella lo suficiente para dormir en el hoyo por la noche. Esto es lo que conoces de Vietnam. También conocerías algunas extensiones grandes de tierra, de modo semejante a como un granjero conoce su propia tierra y la de su vecino. Sabes dónde están las partes malas y peligrosas, y también las partes arenosas y seguras junto al mar. Sabes dónde las minas están y estarán durante un siglo, hasta que la tierra las trague y desarme. Porciones cilleras de tierra. Alrededor de My Klic y de My Lai. Como el rostro de un amigo.

La azafata sirve la comida y reparte revistas. El avión hace escala en Japón para repostar; luego va directamente a Scattle. ¿Oué clase de guerra es ésta, que empieza y termina de este modo, con una chica bonita, asientos acolchados y revistas?

Haces balance. Has perdido a un amigo en la guerra, pero lias encontrado otro. I las transigido con un principio y has mantenido otro. Has aprendido, como dicen los viejos a veces, que no todo es malo en la guerra: puede que no haga lili hombre de ti, pero te enseña que la humanidad es algo de lo que 110 hay que burlarse; algunas historias sobre el valor son verdaderas; los cuerpos muertos son pesados, y es mejor no tocarlos; el miedo paraliza, pero es mejor tener miedo que moverse y morir, que tener los miembros funcionando, el corazón latiendo y acabar con el pecho abierto; hay que saber cuándo no hay que tener miedo, pero cuando tengas miedo debes ocultarte para man-

ARRIBA e 1ZOU1HKDA: *¡Al fin en rana! Estamos nanos, estamos vivos y volvemos ele una pieza. Desde que llegaste a Vietnam sonaste en este momento. Cuando llegó, pudiste olvidar incluso por un instante a los companeros que no regresaron.*

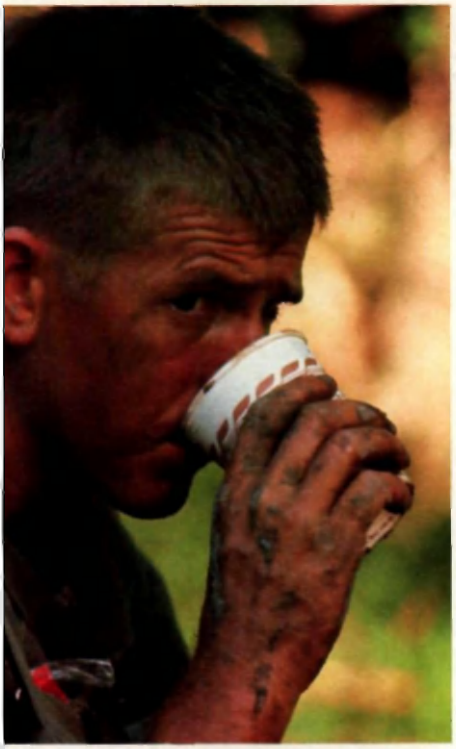
lener tu respeto y reputación. Has aprendido que los viejos tenían vidas propias y que las valoraban lo bastante como para no exponerse a perderlas. Y subes sobre todo que morir en la guerra es la cosa más fácil del mundo.

El avión aterriza en el aeropuerto militar de Seattle. El Ejército te ofrece una buena cena. Un cartel permanente en el comedor dice: «Bienvenidos a casa, regresados.» ««egresados» es una palabra del Ejército, lina palabra que nadie más usa. Firmas para que le den la cena. Una cena para cada hombre. Después firmas otros papeles, legalizando la salida del Ejército. Firmas lodo lo que haya que firmar, evitando tu último corte de peto. Recitas el juramento de fidelidad: sí. también esto. Luego dejas el Ejército a bordo de un taxi.

Hl vuelo a Minnesota en marzo le lleva sobre nieve en fundición. Los ríos que ves están parcialmente congelados. Negros fragmentos de lll campo de maíz emergen entre la vieja nieve. F.l ciclo en el que vuelas es gris y muerto. Sobre Montana y Dakota del Norte es imposible ver alguna señal de vida. Y sobre Minnesota vuelas por una quietud vacia, ignota, purificada y permanente. Abajo, la nieve es pesada, se ven formas de viejos campos de maíz, algunas carreteras. En compensación de todo el terror que has pasado, los prados se extienden, arrogantemente inalterados.

A las seis de la mañana el avión se ladea por última vez. se endereza y desciende. Cuando se enciende la señal de no fumar, te diriges a la parle posterior del avión y entras en el servicio. Te quilas el uniforme. Haces una bola con él. lo metes en la maleta y te pones un suéter y unos lejanos. Te sonríes a li mismo en el espejo. Sonríes, empezando a descubrir que eres feliz. Por más que detestes el calzado que llevas, no tienes zapatos de civil, pero nadie se dará cuenta. Es imposible ir descalzo a casa.

* * *



Introducción del Editor

Muchas personas se han manifestado sobre la guerra de Vietnam: políticos, apologistas, moralistas, filósofos, historiadores, pacifistas, incluso directores de películas «artísticas». Todos ellos hincaron el diente en la experiencia colectiva estadounidense en el Sudeste asiático, la masticaron, la escupieron, y luego explicaron por que fracasó, quién es el culpable y qué pecados se cometieron en la cruzada perdida por Estados Unidos. Aunque los pareceres discrepan en los puntos fundamentales, tienen, sin embargo, algo en común: la incapacidad de comprender la experiencia de Vietnam en su nivel más elemental, el del simple soldado de Infantería que se arrastra por el lodo tratando de sobrevivir. *Si muero en zona de combale* nos ofrece esta experiencia. Reviviendo las penalidades del año que pasó en el infierno, Tim O'Brien lleva al lector a enfrentarse con la realidad, cara a cara con el mal. el sufrimiento y el horref. Desde el alistamiento hasta Da Nang, desde Batangang hasta Pinkville y My Lai, O'Brien obliga al lector a sentir la guerra, a sufrirla, a probar su sabor y su olor. No hay escapatoria.

¿Ouc se siente al recibir la orden de reclutamiento'.' ¿Cómo pueden soportarse la brutalidad y las humillaciones del campamento de instrucción, estar tan desesperado y asustado que se piense incluso en desertar? ¿Oué se piensa al subir a bordo del avión hacia Vietnam, cuando se sabe que el regreso puede ser dentro de un ataúd? ¿Oué se siente al llegar, al ser objeto de burla por novato, sin tener ni idea de lo que está ocurriendo? ¿Al enfrentarse en el primer combale, con los primeros muertos, con los primeros heridos mutilados? ¿Al vivir constantemente presa de una gran tensión y miedo, siempre al acecho de una trampa, de un francotirador, de un asesino del Vietcong oculto tras la sonrisa de un rostro «amigo»? ¿Oué se siente al recibir órdenes de un oficial estúpido preocupado sólo por ascender, al ver a los compañeros muertos, mutilados, retorciéndose en el fango, aplastados por sus propios carros de combate? Lo sabrá después de haber leido *Si muero en zona de combale.*

DOSSIER
NAM
TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 4 - Si muero en zonci de combate

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel *Ferrar*
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1? - Tel. (93) 2098022 08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIM0N105 es uno publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado asi lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona
ISBN n? 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: HA-UZ4-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficos Estella, Navarra

Irnpreso en España - Printed in Spain - Octubre 1988

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 41597 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, *Km.*)3,350 —*variante de Fuencarral— 28034 Madrid*

Pida o su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.